

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

DIAMANTE NEGRO



EDITOR Rolando Diez de Medina, 2007

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

DIAMANTE NEGRO

Novela

Escrito el año 1981

Primera edición electrónica 2007

*
*
*

© Rolando Diez de Medina, 2007
La Paz - Bolivia

“En un lugar — un día será
descubierto — existe un
Diamante Negro que abre todas
las puertas. Búscalos. Te espera.”

Maestro del Ande

1

¿Por qué no podría ser posible? Debe existir una llave mágica que abre todas las puertas, una fuerza desconocida que si pudiéramos manejarla nos convertirla en dioses. Este pensamiento es asombroso pero más asombroso aún que alguien se propusiera encontrarla. La historia de esa búsqueda es el motivo de este relato que por inverosímil que aparezca sucedió realmente, tan exacto como las puntas aristadas de la cordillera que cada mañana rayan el vidrio azul del cielo apenas asomo a la ventana. Sí: una llave mágica que nos daría poder sobre el mundo y sobre los hombres, porque nada resistiría a su influjo, todo se entregaría al sortilegio de su capacidad penetrativa. Algo así como si el poder del Sol se concentrara en un pequeño instrumento a disposición de nuestros deseos.

He pensado en la Flor Azul de Novalis; en el círculo cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna de los alquimistas; en el ave que es todas: las aves de Farid-Uddin-Attar; en el punto que contiene todos los puntos: de Borges; en el Universo de los magos caldeos que se comprime en una sola palabra. Pero nada de estas y otras maravillas me satisface: la llave que abre todas las puertas va más lejos...

Esa llave permitiría a un solo hombre asumir todos los conocimientos atesorados por la humanidad pensante; descubrir los secretos más recónditos de la naturaleza; poder elegir entre todas las posibilidades de la acción; en suma: tener en un puño el Universo, crear y hundir galaxias de ideas y de hechos como si fuésemos ese Poder Oculto que hizo y deshizo las cosas, ese Creador que unos veneran en los templos y otros en los laboratorios.

Esa llave...

¿Sería un objeto tangible, una idea, una fórmula cabalística? ¿O una clave misteriosa que no pueden expresar palabras ni figuraciones en el espacio? Sería pueril pensar que se trataba de una llave en el sentido del instrumento que sirve para abrir la cerradura de una puerta; la que abre todas las entradas tiene que ser algo indescriptible, de forma indefinible, cosa extraña.

1

Ni Nerval, nictálope, que horadaba la Noche, ni Goethe naturaleza solar que dominaba el Día, iniciados intuitivos de esos que tejen su veste intelectual con el hilo de sus propias vidas, llegaron a violar sino en mínima parte las fronteras de lo invisible. Comprendieron el peligro de pretender la búsqueda imposible de la unidad y de lo absoluto y se redujeron a la humana actividad de lo que puede ser comprensible. No los cegó la luz ni los atemorizó la oscuridad; supieron detenerse en los umbrales del Misterio. Porque no todo puede ser revelado y esa Llave Suprema que lo descubre todo acaso sólo sea un símbolo de la impotencia mental para abarcar y entender el Universo.

¡Ah espíritus preclaros! Pregunté a Hermes Trismegisto y a Pitágoras numerólogo; a Narayan hindú y al chino Tsang-Li-Fu; al místico Attar y al escondido Maestro del Ande. Con ser mucha la sabiduría de cada cual me dijeron que arte y literatura sólo son medios para llegar a la Verdad, lo que en realidad jamás se alcanza porque como piensa el vate andino detrás de una verdad hay siempre otra verdad más verdadera. Comprendí que los Grandes Maestros no podían encaminarme por la andadura que sólo se conoce a sí misma. Y dejé de preguntar a los libros para aproximarme a los arcanos de la Naturaleza, sacra y terrible deidad que ofuscó a muchos y a contados permitió levantar la punta del velo que cubre sus enigmas.

Antes fué relativamente sencillo aproximarse a los fenómenos naturales que se regían por leyes simples y conceptos unitarios de valor; hoy, en contraste, la naturaleza fertilizada por el hombre se ha vuelto a tal punto divisible, fragmentaria y complicada que no existe ser capaz de abarcarla en su total grandeza y complejidad. La astrofísica, la biología intra-atómica, la cibernética, la química nuclear, la informática y la computación nombrar — para no nombrar sino algunas de las nuevas claves del conocimiento humano — han complicado en tal forma el grado de comprensión del hombre que ya nadie sabe con exactitud qué es el ser ni qué significa el mundo. Menos, lógicamente, el infinito Universo.

Me enredé cien veces en confusas hipótesis y en intrincadas teorías hasta que comprendí que por la multiplicación y la subdivisión creciente de los conocimientos, jamás llegaría a reducir a la unidad intelectual la monstruosa variedad de la naturaleza. ¿Una llave para abrir todas las puertas que custodian sus secretos? Absurdo. Ella es infinitamente más vasta, compleja e inabarcable que todo cuanto pueda concebir la inteligencia. Me aparté temblando, en verdad anonadado por la inaccesibilidad del cosmos natural.

Entonces díme a pensar que sólo la intuición poética, la iniciación intuitiva y personal, podían darme si no la solución del problema al menos una tentativa de aproximación a su enigma. Reduje mi ambición: ya no se trataba de querer comprenderlo todo, de encerrar en una cifra o en un símbolo la clave del cosmos, sino solamente de hallar el instrumento que facilitara la realización de mis deseos. Una especie de lámpara de Aladino transportada al ámbito moderno. ¿Para qué expandirse a los arcanos del mundo y de la vida? Bastante sería confinarse en el laberinto de los sueños y anhelos personales.

La llave mágica que les abrió muchas puertas sin que ellos la conocieran, visitó a Alejandro y Napoleón, a Mahoma y Paracelso, a Shakespeare y Goethe, a Bolívar y Tamayo. Sólo que al ignorarla no pudieron dominarla y aunque favorecidos por sus raptos geniales, se mantuvo invisible para ellos.

Alcanzar esa fuerza magnética que atrapa y resolviera todos mis deseos: esa sería mi meta futura.

2

¿Son la Fe, el Amor, el Deseo, la Voluntad, el Pensamiento, la Imaginación — prolonga la enumeración hasta lo infinito — esa clave de claves que puede descifrarlo todo?

Lo absoluto, la unidad: invención de teólogos y soñadores. El hombre sólo existe en la pluralidad y la contradicción. Por eso diré que no hay un sendero sino caminos múltiples que debes recorrer hasta el fin en busca de la Verdad.

¿Pero quien te guiará hasta esos caminos?

2

¡Ah Buscador! Rara vez el afortunado, fácilmente el extraviado. Te desconcierta la doble presencia de Uriel y Belial, el Día y la Noche, Blancura y Negrura intermitentes, Bien y Mal, Dicha y Dolor, Éxito y Caída, lo Infrahumano y lo Sobrehumano.

Arte y Literatura, en cambio, te tranquilizan te dan la arquitectura de lo explicable.

En una llamarada mágica se abrirán todas las puertas. ¡Pero cuándo...!

Ni los experimentos espirituales ni los excesos de la voluntad te abrirán paso: son los eternos desafiantes.

Mas llegará el día en el cual el diamante real se unirá al diamante imaginario: será el único instante para ensayar la aproximación a los enigmas. No lo desdeñes, búscalo sin tregua.

Fluyen las técnicas de composición para todo, en todo. Mas no se aprenden en un día sino que la Vida las va elaborando conforme te modela.

Quisieras escribir un libro maravilloso, insólito, que te refleje entero, sin sombras, que comience en una epifanía de luces y se vaya apagando lentamente, lentamente hasta una penumbra sin final...

A veces perplejo, sorprendido, llegas a pensar que el Misterio no existe en el Mundo porque el Misterio eres Tu.

Y prosigues la marcha de los Escogidos: buscando, tu Ley. Para siempre y sin reposo.

Tanta belleza exangüe, tantas vides frutecidas.

Hubo uno que soñó una Montaña Imposible capaz de revelarlo todo. Otro que entendía la interna geometría de los mares. Y un Rey que preguntaba sin cesar en busca de fama y de saber.

También tu anhelas esa meta difícil, largamente soñada, que te podría convertir en Amo del Universo.

Como se prepara el peregrino que emprenderá un largo y difícil viaje, erizado de incidentes, hiciste de tu vida una búsqueda, y de tu búsqueda una vida. Todo descubrimiento fué gozoso, penuria todo encuentro.

Y ahora te incorporas a la Caravana de los Ansiosos de Saber y Comprender. No mires hacia atrás: haz tu camino.

3

¿Por qué el hombre jamás llega a dominar al Destino?

He conocido muchos conductores, líderes, Jefes de Estado, militares, empresarios geniales, artistas tempestuosos que alcanzaron cimas que parecían inaccesibles y sin embargo se despeñaron cayendo al insondable vacío.

Uno cree dominar los acontecimientos, otro se juzga fabricante de historia, ni faltan los ingenuos que piensan que los sucesos se amoldan a sus deseos. Candidez.

Verdad que el Héroe existe, el Triunfador también. Pero no brotan de la nada ni obedecen únicamente a su propia voluntad. Se conforma primero una nube galáctica de hechos e incidentes, actos de grupos y personas, inferencias extrañas, no bien comprensibles y es de esa tensión original que surgen pasta y forma del vencedor. Un alma de excepción es fruto de su tiempo, de su medio, de su circunstancia, de las reacciones de las demás, de los cambios de temperatura emocional que asedian a multitudes y a dirigentes.

No quiere decir, esto, que el Conductor sea solamente hechura del mundo exterior y de la ajena conducta. Antes bien: él sabe lo que hace con firme decisión, conoce sus caminos, afronta

3

valerosamente adversidades y contrastes. El vértigo de su ascenso le impide, a veces, comprender las causas y las consecuencias de los temporales éxitos. Es fácil que se extravíe. Pero mientras tiene el timón en las manos seguirá siendo el Capitán Intrépido que hace retroceder a los hados contrarios y enfebrecer a las muchedumbres.

Los hay, piadosos, que reconocen el designio divino. Otros fatalistas creen en su propia estrella. Ni faltan los narcisistas enamorados de la propia habilidad como tampoco los soberbios que imaginan imponer su energía al mundo.

El que conduce es un enigma: para sí y para los demás.

Vi a muchas erguirse orgullosamente cuando todo les favorecía, y también vacilar, medrosos, frente al peligro y a las crisis. ¡Cuán vana la arrogancia del que manda, cuán deleznable la naturaleza humana!

Recuerdo el diálogo con el amigo que triunfaban la flor de su vida. Seguro de sí mismo, carismático, penetrado de fuerza, de energía, de iniciativa, siempre activo, entusiasta, para él no hablan obstáculos.

— Yo soy el Destino — dijo en un arranque de audacia — gobernaremos veinte años.

— Miras demasiado lejos — le dije — los años hacen y deshacen gobiernos y sucesos.

— Los gobiernos que quieren durar, duran; y en cuanto a los sucesos los provocamos y dirigimos nosotros.

— ¿La vida no te ha enseñado que todo es imprevisible y cambiante? Hasta un incidente nimio puede cambiar la marcha de los acontecimientos. El Tiempo desvanece los mejores cálculos y aniquilan las voluntades más osadas.

— No seas pesimista: tiempo, mundo y espacio fueron hechos para dominio del hombre. ¿Qué sería la historia de la humanidad sin sus grandes conductores? Convéncete: el Héroe existe es el dominador del mundo y de los hombres.

— Son sólo dos años de camino; por qué decuplicarlos? Nadie puede prever lo que ocurrirá en los dieciocho restantes. Hasta tu organismo puede fallar.

— Mandaré a mi organismo que responda bien como mando a los hados que se sometan a mi voluntad.

— No tienes en cuenta la suerte, el azar, las contingencias del vivir, el proceso de cambios que se opera en los pueblos y en los émulos.

— Los émulos los aplasté a todos!

— Podrían regresar o brotar otros nuevos...

— No los temo. Tengo ojo y garra de puma: serán destrozados.

Me apenó verlo tan soberbio, tan confiado en su propio carácter y en su invencible fortuna:

— Piensas — le dije — como si tuvieras en tus manos un talismán que te permite realizarlo todo, abrir todas las puertas.

— ¡Y claro que lo tengo! Lo fabriqué con mi sangre y mi cerebro. Soy yo mismo, el que de nadie necesita porque se basta a sí mismo. Es mi estrella, es mi voluntad — me contestó y en sus ojos centelleaba un fuego luzbólico.

— ¿Y si Dios cambiara tus designios?

— Dios no existe para el alma moderna; sólo la energía, sólo el carácter individual. El hombre es del mundo, el mundo del hombre. No hay poderes extraterrestres.

— Emperadores, reyes, jefes de hombres, conquistadores a la postre entran en caducidad...

— ... pero dejan obra imperecedera.

— Por un corto lapso: después todo se desvanece.

— No juegues al metafísico: lo que cuenta es el tiempo presente y la vida irrenunciable. Nuestro hacer, nuestro poder, nuestra fuerza creadora.

— Crees ser el Destino.

— Justamente: lo fabrico con el hilo de mi voluntad. No es esa fuerza ciega, el "fatum" de los antiguos la que me guía, soy yo quien la conduce.

El estupendo triunfador no realizó sus planes. Dos años después de este diálogo andaba prófugo. Sólo había realizado un quinto de tiempo de sus sueños.

4

La historia más patética es la historia de un amor imposible.

Piensas que el tuyo por la Desconocida es el más admirable, el más doliente, porque no llegó a realizarse. Treinta años de absoluta fidelidad lo prestigian. Y sin embargo ella jamás lo supo.

Cierto que existían circunstancias que agravaban distancia y desconocimiento; ¿pero no se dieron, otros, que parecían más inaccesibles y no obstante logrados?

No es que te faltaron ánimo y deseos. Hasta hubo oportunidades propicias mas siempre un factor final determinante impedía franquear la línea prohibida.

Ahora, cuando los valores sociales y humanos se desintegran todo puede suceder. Pero en el tiempo que nació tu amor y en las décadas que persistió regían medidas de valor infranqueables: ella giraba en una órbita, tu en otra distinta, sin comunicación posible entre ambas. Esa desigualdad de procedencia y de nivel social, acrecentada por la diferencia edad de tus 19 años contra los 25 o más que calculas a la Desconocida — constituyen un muro de cristal irrompible: no puedes quebrarlo para acercarte a la elegida.

Cuando recuerdas las ingenuidades de los primeros años de tu amor, sonríes piadosamente de ti mismo: pensar que creíste y practicaste hechizos, conjuros, sortilegios, actos mágicos que te prometían serias amado... Hasta te aferraste al amuleto aimára del "warmimunachi" creyendo que él te daría la final victoria amorosa. Época dichosa de las esperanzas cándidas e ilusionadas.

No tardaste mucho en decepcionarte de conjuros y artes amatorias ocultas; entonces entraste a la trágica soledad del abandonado: quien no puede confesar su amor nunca lo verá realizado.

No hay receta para salvar el abismo incolmable de los separados por el Destino. ¿De qué sirven tu pasión, tu devoción, tu desesperación si Ella es inaccesible?

Han transcurrido largos años de silencioso penar. Tampoco ella casó: permanece virgen, altiva, sin menoscabo de la edad, joven, fresca, como si su hermosura radiante fuese inmune al tiempo. ¿O es que tu la ves así?

El torbellino de los días o talvez los cambios somáticos te han conducido a la angustiada reflexión: ¿y si existiera una clave secreta para hacerse amar que yo no supe utilizarla?.

Es tarde ya, nada podría aproximarte a la Amada ideal de tu juventud.

Y sigues soñando en Ella, amándola en silencio, pensando en la dicha que jamás llegó porque no llegaste a poseer la llave que abre los corazones.

5

Tuve tres amigos que me excedían en edad a los cuales admiré sinceramente. Líderes desde la universidad, se perfilaron conductores en política. Todos tres fueron ministros, diputados, embajadores, periodistas, oradores, jefes políticos. Sobresalían de tal modo en la carrera pública que, mimados por la sociedad y por el pueblo, se les tenía como presuntos Presidentes de la República.

Y a fe que lo merecían: jóvenes, fuertes, sanos, de gran cultura e inteligencia, probos de conducta, brillantes en sus actos constituían la esperanza del país y el orgullo de sus compatriotas.

Se daba por descontado que los tres llegarían al Poder Supremo de la Nación.

¿Para qué hacer el balance de sus hazañas? Maestros de simpatía, magos para la acción juventud y madurez en ellos transcurrió limpia de cardas. El sol de oro de los éxitos coronaba sus vidas. Y es que aun en los momentos de momentánea oscuridad las almas volvían a los tres líderes insignes: volviendo ellas volverían la paz y la felicidad.

Cristianos de filiación, sagaces en política, irreprochables como señores y como ciudadanos, sin que les faltaran carácter y energía para el mando, formaban un triángulo victorioso de personajes jamás ganados en nobleza y generosidad.

Tenían, además, otra virtud: presentían los sucesos futuros, se adecuaban a la temperatura ambiente. No profetizaban ni hacían pronósticos, pero su criterio se orientaba siempre dentro de la experiencia y de la previsión. Algún malicioso decía que un genio les avisaba el peligro y los guiaba por el buen camino.

Los tres varones, mimados de la fortuna, casaron bien, fundaron hogares dichosos, tuvieron hijos. Ni pobres ni ricos mantuvieron pasar honesto. Fueron símbolo de honradez y de civismo.

¡Vaya si la Patria estaba orgullosa de sus líderes!

Un artículo de prensa, un discurso en el parlamento, una actuación en el exterior, una actitud política, un gesto de hidalguía, el profundo conocimiento de la historia, la finura del trato eran verdaderos acontecimientos que la prensa comentaba largamente. Cualquiera actitud de cualesquier de los tres, despertaba júbilo y admiración. Señores de la escena pública su conducta servía de ejemplo a padres e hijos.

La vida pública hervía, como de costumbre: peleas individuales, disturbios callejeros, sucias intrigas partidistas. Pero los Tres Elegidos se mantenían firmes, incorruptos, señoriles siempre de acto y de palabra.

Cuando uno de ellos tuvo que batirse en duelo, el país tembló: se había expuesto la vida insigne. Cuando otro desafió a una mayoría y una "barra" aleccionadas en las Cámaras para defender una causa justa, la opinión pública vibró de entusiasmo: era todo un hombre, un gallardo defensor de la justicia. Cuando el tercero rechazó una maniobra indigna para despojar al jefe de su partido, hasta los adversarios reconocieron la dignidad del gesto: habían vencido la lealtad y el desinterés sobre la ambición.

Podría escribirse un volumen narrando las peripecias y sobre todo las acciones ejemplares de estos tres Mosqueteros del Ande cuya memoria pervive en las generaciones.

Valerosos en la contienda cívica pero serenos, confiados en el poder del destino, esperaban tranquilamente la hora de la victoria final: todos tres debían, tenían que llegar al solio presidencial.

Sus amigos y admiradores se contaban por miles, sus adversarios por decenas. Y aun éstos reconocían la calidad humana de los tres conductores, ejemplo de rectitud y señorío.

Todos lo daban por realizado: mis tres amigos serían Jefes del Estado.

Pero el destino resolvió otra cosa. Ninguno llegó a Primer Mandatario. Después de haber desempeñado con brillo singular las más altas situaciones, los tres murieron antes de cumplir sesenta años. Los tres en el exilio.

Lo tuvieron todo. Les faltó la llave del éxito final.

6

Toda una vida suspiraste por conocer esos libros maravillosos que se esfuman en la lejanía de la memoria. "El Lenguaje de los Pájaros" de Attar; "Hesperus" de Jean Paul; "Las Preguntas del Rey Millinda" del maestro indo; ""Bruno" y "Clara" de Schelling; "Libro de la Oscuridad y de la Luz" del soñador andino.

¿Por qué afligirse? Tal vez pensar en ellos sea más hondo que conocerlos.

Tuviste muchas decepciones leyendo textos largamente buscados, como si el deseo superase toda realidad. Tantas veces lo encontrado resultó inferior a lo esperado. Un título, un símbolo crean un mundo mágico de ideaciones que suele desbordar del mundo real.

Recuerda la tensa espera, la afanosa búsqueda, las mil imaginaciones que te acosan largos años antes de llegar a conocer "Hyperion" de Hölderlin, "Los Discípulos de Sais" de Novalis, la "Pentesilea" de Kleist. Obras insignes, te brindaron salaz y hondas alegrías. Nada puedes reprocharles: son perfectas. Pero lo allí, en lo profundo del ánimo te queda la duda; ¿lo habrán dicho todo, pudieron ser mejores, es que algo les falta? Comparas las noches de su lectura con los miles de días de su búsqueda, y no sabes si fuiste más feliz buscando esos libros sublimes que leyéndolos.

El deseo y la imaginación trabajan el alma mejor que las ínclitas hazañas. Desear es excitar la vida, imaginar levanta a cielos indecibles.

No te quejes: los dioses reservaron ciertos anhelos, impiden que los realices precisamente para dar un sentido final a tu existencia. Esa zona vedada al conocimiento directo, ese distanciamiento permanente de la meta ansiada son los mayores estímulos para el espíritu.

Nadie puede saberlo todo en el mundo de hoy, infinitamente grande, diverso y complicado. Tampoco sería lícito que un solo individuo pudiese satisfacer todos sus deseos; si así ocurriera se sentiría un dios los primeros instantes, después sobrevendrían el hastío y la inercia de la voluntad que lo trocarían en el más desdichado de los hombres. Acaso el infierno sea en una de sus maneras explícitas ese poder de satisfacerlo todo y no tener ya nada que desear.

Está bien que sigas soñando y sigas buscando esos libros mágicos que encienden tu fantasía y templan tu carácter. El solo hecho de pensar en ellos constituye una victoria de la voluntad.

En verdad son los amigos fieles, te acompañaron muchos años, cuajaron el sentimiento de esperanzas y congojas. Creíste tenerlos al alcance de la mano, varias veces... y luego se escapaban a remotos horizontes... Esa persecución tenaz colmó tu vida de ansiedad pero asimismo de férvidos anhelos. Ya llegan, ya llegan, aunque no lleguen nunca. Los largamente soñados, los tiernamente amados, los inquietamente esperados.

Ahora que las tintas del crepúsculo tiñen tu vida vacilarías entre decidir si fué bueno o malo que los predilectos no llegaran a tus manos. Porque deseo satisfecho, esperanza si no frustrada al menos aminorada en la tensión pasional de la avidez concedora, es cosa tensa.

Esos amigos lejanos y distantes simultáneamente poblaron tus noches de impaciencia, tus días de inquietud. Alimentaron sin descanso tu codicia de conocimiento. Pudiste creer que eran personas, que tenían un cuerpo y un alma, que se trataba de viajeros impenitentes anunciando siempre un llegar demorado.

No, no debes angustiarte. Mejor que ellos se distancien como estrellas fulgurante, lejanas siempre y siempre en cercanía. Supón, por un instante que uno de los libros ávidamente perseguidos te visitara. Saltarías de gozo, recorrerías sus páginas con trémula alegría, absorberías su mensaje de luz, de sabiduría, de belleza expresiva. Mas al terminarlo te preguntarías: ¿y esto es todo, lo que responde a largos amos de búsqueda y de esperanza, el cofre que debía contener el bosque de mis imaginaciones?

Muchas veces me confiaste tus cuitas. Sé la pasión, el desvelo conque sostenías la búsqueda de una obra determinada. Admiro tu fe, tu constancia, tu sostenida esperanza. Tuviste muchos hallazgos y algunas decepciones: hay libros amigos y libros enemigos. ¿Por qué querer alcanzar todos los ansiados? Deja una pequeña reserva de incertidumbre al destino. No todo debe ser conocido; acaso en esas figuras incógnitas se esconde no lo mejor pero sí lo más bello de tu avidez lectora: el deseo nunca logrado, la imaginación siempre en devenir.

Deja que esas pocas estrellas desconocidas sigan luciendo en el firmamento de tus sueños.

¡Benditos libros no leídos! Promesa venturosa que se esconde detrás de un título flamígero.

No es dable ni seria licito pretender agotar la vastedad oceánica de las letras. ¿Leíste mucho, absorbiste en exceso, descubriste hallazgos y encantamientos innumerables en los libros? Entonces ¿por qué ansiar agotar toda la sabiduría y novedad de algunos títulos que el destino te oculta?

Te comprendo: sueñas hallar un artefacto brujo que con sólo apretar un botón te entregue la obra soñada. Piensas que sería la felicidad inextinguible. Yerras. Cumplido todo deseo, caducaría la curiosidad, y perecida ésta ¿qué podría animar el curso de los días? Son la búsqueda, el empeño tenaz, la espera morosa, el ardiente anhelar los que encienden el entusiasmo de tu quehacer. La formación de la personalidad.

La vieja enseñanza de los pensadores lo proclama: no es la meta sino el camino que conduce a la meta lo más valedero. Y el libro soñado, si fué extensa y difícil su persecución — a mayor empeño, mejor excitación — muchas veces al no entregarse y reservar su misterio alimenta lo más bello del espíritu: la persecución de una verdad.

¡Dulce y noble espejismo de la espera!

Eso que se niega a llegar está fecundando ya tu alma. La acosa y la reanima. Te obliga a desplegar las artes más sutiles de una pasión itinerante.

Te obsede la idea de una computadora mágica que sabe y entrega al mismo tiempo lo que buscas. La belleza de una obra no encontrada pero hondamente soñada, sólo puede compararse con el hermoso penar de un amor imposible. ¿Para qué romper el misterio de lo inasequible?

En esos pocos libros no leídos pero ávidamente deseados se concentra lo más noble de tu ser: el amor desinteresado, que ama y sigue esperando aunque sabe que no realizará el encuentro largamente anhelado. Hay también un “dolorido sentir” en la búsqueda sin fin que se transfigura en gozo atormentado.

¡Busca, busca, sigue buscando! Tal vez uno de ellos te alcance antes del último frío.

Yo guardaría el tesoro invisible de las obras no leídas sin franquear sus umbrales. Nombres fascinadores que no revelarán su contenido. Luceros trépidos parpadean sin entrega y su destino misterioso consiste en mantenernos despiertos, vigilantes en pos de su mensaje inalcanzable.

Libros los no leídos, más amados cuanto más distantes.

7

Sabemos por la historia y conocemos por el diario vivir que algunos mueren en su cama, felices, opulentos, rodeados de honores.

Héroes, conductores, capitanes de empresa, políticos, intelectuales o artistas les atribuimos éxitos y orgullosa satisfacción por la propia vida. Los envidiamos, anhelamos un destino como el suyo colmado de homenajes y victorias.

Yo sé de uno que vencedor, en apariencia, en todas las contiendas, puede servir de modelo para juzgar a los demás.

Desde niño su existencia fué una carrera de vencedor. Tuvo todo lo que se le antojó, las gentes se doblegaban a su capricho, cosa deseada era prontamente alcanzada. Pero bajo la apariencia del éxito era un melancólico desengañado que escondía celosamente su desencanto.

Amigos desde la infancia por fin después de muchos años de arrogante conducta y hermético evadir de intimididades, se abrió a la confidencia:

— Nunca fui un hombre feliz, o acaso sólo en la niñez y en la adolescencia. Habitado en la juventud a ver realizados todos conforme mis deseos conforme avanzaba en el camino de la vida las cosas se me presentaban dóciles, no conocí la palabra obstáculo; todo se solucionaba prontamente en mi favor. Yo advertía los esfuerzos de los otros para conseguir lo que deseaban, muchas veces sus anhelos frustrados y les envidiaba esa constancia en la voluntad, ese empeño por salir adelante. Empleaban su inteligencia, su sagacidad, los mil resortes del ingenio para obtener sus objetivos. Yo, en cambio, era todo como apretar un botón para que todo saliera a mi deseo. No necesitaba esforzarme, los problemas se resolvían fácilmente. Ni mente ni corazón se aceleraban porque todo transcurría favorable. Ignoré el desafío de los obstáculos, la resistencia exterior. Ansiaba llegar a un horizonte de infinitas realizaciones que siempre se alejaba, se alejaba... Claro que lo alcanzaba todo, pero quería siempre más y más... No me bastaba ser un triunfador: quería ser el Único, excediendo a todos en poder y en fertilidad de la inteligencia.

— Te contradices — le interrumpí — si todo salía conforme a tu deseo ¿por qué no llegaste a ser el único?

Sonriendo con tristeza me contestó:

— Lo soy. Nada me es imposible. En dinero, en dominio sobre gentes y problemas, en opulencias del vivir, en victorias cotidianas. Conozco todos los registros del éxito: no hay vallas para mi voluntad. Y es justamente esta ausencia de obstáculos la que me ha conducido al hastío: estoy cansado de ser un vencedor, y un vencedor fácil que es lo peor porque ignoro los placeres de vencer de la fatiga, del esfuerzo, de llegar a la meta largamente soñada y duramente padecida.

— Cualquiera desearía cambiarse contigo — repliqué.

— Es porque desconocen el infierno de las victorias sin pausa. Poder, poder, poderlo todo: ¿por qué y para qué? Sin resistencia al frente la inteligencia se agosta, la voluntad declina. Casi no hay transición entre un deseo y su realización. Todo está condenado al triunfo, ignoro la virginidad del fracaso.

— ¿Y si tu destino fuese a la inversa: todo fracaso, que jamás alcances ninguno de tus sueños?

Vaciló un momento luego repuso:

9

— Acaso sería mejor porque al menos, entonces, me habría realizado como un hombre en lucha siempre con el destino y la adversidad, en tanto que ahora soy sólo un juguete de los Hados.

Mi amigo siguió exponiendo sus quejas contra la facilidad de su existencia, la abundancia o el exceso de triunfos, la invariable ascensión de poder que lo convertía en un emperador sin trono de los demás.

— No soy un hambre — confiaba — sino un genio luciferino que ignora el amor, la amistad, el vencimiento de un obstáculo, la lucha tenaz contra lo adverso. Se me antoja que la derrota es un hermoso trance, una nueva aurora frente al amanecer grisáceo de los éxitos sin pausa.

— No hallé palabras para consolarlo.

Porque ni él ni yo sabíamos que existe una piedra mágica que convierte lo extraordinario en su opuesto. Ganar siempre o perder siempre está inscrito en el destino individual. Los vencedores no saben si en verdad están perdiendo la carrera de la nobleza humana.

8

Tuve un sueño prolongado y nítido. Descontando las absurdas imágenes que se intercalan en el desenvolverse del proceso onírico, se me grabó en la memoria el hecho central de lo sucedido.

En un país remoto cuyo nombre ignoraba fui conducido a presencia del Rey. En una gran sala de altos cristales que filtraban la luz crepuscular de tintes abermellonados, el soberano me recibió con afabilidad. Mi visita lo sorprendió y más aún el motivo que me impulsaba. Al conocerlo llamó a su Consejero Mayor y éste después de cambiar ideas con el Rey me dijo claramente que no era posible satisfacer mi deseo. "Nadie — dijo — a excepción del Venerable puede proporcionar la información que buscas."

Atravesando un laberinto de jardines fui llevado donde el Venerable que sentado en medio de almohadones meditaba la vista fija gravemente con la vista fija en lejanía. No pareció advertir mi presencia y sólo después de instantes que después se me antojaron extensos, se dignó preguntar a qué obedecía mi visita. Los ojos oscuros miraban hondo, muy hondo. "Vienes por la eterna pregunta y te daré la eterna respuesta — profirió — ella existe pero no debo darla a conocer." Como yo insistiera con humildad se negó con la cabeza a responder. Entonces una fuerza secreta, dentro del sueño, me volvió audaz y amenacé: "cuando regrese a mi país diré que el Venerable y el Rey no existen." El se sobresaltó y abandonando su actitud impasible contestó: "Está bien. Debes ser un escogido. Pero antes de escuchar la revelación debes pasar por la marcha iniciática. Hizo un signo con la diestra y se abrió un túnel sombrío ante mis ojos. "Avanza — dijo —. Si en el trayecto vacilas o te asustas perderás tu derecho y el habla: volverás mudo a tu país."

Recuerdo perfectamente ese largo y pavoroso caminar por el túnel que vagamente alumbrado expelía sombras amenazadoras. Aparecieron pozos que crucé con paso firme, caminé sobre rutas de agua, entré sin vacilar a cortinas de fuego, separé con las manos marañas de espinos. Bestias inmundas me rozaban con sus cuerpos pestilentes. Un témpano de hielo inmenso, prodigioso avanzó hacia mí amenazando aplastarme con su mole, pero antes de tocarme se desvaneció. Surgieron muchos peligros más que yo franqueaba impávido. Claro que en la vida real no soy precisamente un héroe, pero en el sueño sí: nada podía arredrarme, ni siquiera las carcajadas siniestras y las voces lúgubres que acompañaban mi marcha. Una espada filosa pendía a pocos centímetros de mi cabeza y dos enormes mastines de fauces terribles me flanqueaban sin cesar. Se abrió tres veces el abismo a tres pasos mas no tuve miedo y apenas puse el pie en el vacío éste se cerró permitiendo que prosiguiera mi andadura. Tropecé con unos locos de caras espantables que poniéndose el índice en las sienes me decían que era tan loco como ellos. Sentí una soga que me ceñía el cuello como si quisieran ahorcarme. Padecí hambre y sed en grado extremo. Vi a mis enemigos coronados como reyes inmarcesibles y a los amigos dilectos despedazados en el suelo. Creí que mi resistencia terminaba para soportar tantos horrores y en ese instante el túnel me devolvió a presencia del Venerable.

"Estás purificado — exclamó — ahora tienes derecho para interrogar." Lo miré ansiosamente y sin más preámbulo le espeté la pregunta: "quiero saber si existe o no una llave que abre todas las puertas." El Venerable sonrió apacible: "existe y no existe — contestó — porque no es una llave, pero más te valiera no conocerla." Insistí, porfiado, en saber la verdad.

"Serás más infeliz que dichoso si llegas a la verdad de su existencia; y peor, aún, si das con ella." Le contesté: "no importa, correré todos los riesgos con tal de encontrar esa fuerza mágica." El Venerable movió la cabeza apenado luego virtió la revelación: "La llave que abre todas las puertas no es una llave — dijo — es un diamante negro que despide fulgores tenebrosos. Es el portento de la luz negra que nadie ha visto todavía. Ya no podrás apartarte jamás de su búsqueda ni de su obsesión.

El Rey y su Consejero Mayor me contemplaban con rostros burlones.

Cuando desperté, antes del amanecer, me pareció que en la densa oscuridad brotaba una luz extraña, sin forma, sin rayos lumíneos, sin presencia visual.

9

Cuando te confié mi secreto te estremeciste primero, después vacilaste, finalmente el miedo se apoderó de tu alma.

— No — dijiste — no te acompañaré en la empresa que me parece irreal. Lo que sugiere el sueño pocas veces se convierte en realidad. No puede ser cierto: que un diamante negro sea la llave para abrir todas las puertas ¡absurdo! No puede ser, y si lo fuera ¿qué riesgos, privaciones, desesperanzas supondría esa búsqueda?

Intenté persuadirte sin convencerte. Volví a la carga y después de varias entrevistas logre finalmente persuadirte: me acompañarías en la persecución del diamante negro, asegurándote, de mi parte, una buena recompensa económica tuviésemos o no éxito en la pesquisa.

Así fué cómo mi amigo Benjamín y yo nos embarcamos en la curiosa aventura de buscar una piedra preciosa sólo sugerida por un sueño. El se fué a Colombia, yo para Australia. Después de un año nos reunimos en La Paz con sendos paquetes de diamantes de todo peso y forma. Ninguno se aproximaba al mencionado en mi sueño: eran simples piedras frías que despedían fulgores rojos, amarillos, azules, verdes sin la belleza que les da la talla que los transforma en brillantes. Había sido una búsqueda pueril.

— ¿Pero tu crees que verdaderamente existe un diamante negro y con poderes mágicos?
— preguntó Benjamín.

— Si creo — le respondí — porque mis sueños siempre se cumplen.

Proseguimos un año más visitando comerciantes en diamantes, joyeros y hasta buscando piezas antiguas de familias venidas a menos. Fué inútil. Ni rastro de la pieza buscada. La mitad de mi considerable fortuna se esfumó en la búsqueda y adquisición de diamantes. Al cabo del segundo año Benjamín volvía a insistir:

— Abandona esta empresa insensata. Todavía tienes grandes recursos; ¿para qué quieres una llave que te abra todas las puertas? Eres rico, nada te falta.

— No, me interesa el dinero — repuse — quiero el poder, el poder de convertir mis deseos en realidad, de dominar a los hombres, de mandar a la naturaleza, de llegar donde el primer Adán no pudo llegar porque lo expulsó la espada del Ángel del Señor.

— El ideal del semi-Dios por nadie alcanzado....

— Podría ser.

Benjamín me contemplaba con asombro y desconfianza. Seguramente pensaba que yo estaba loco. Acaso me viera como el Ángel Negro del grabado de Víctor Delhez, atravesado por una lanza que me precipitaba al vacío.

Sin deshacer la sociedad persecutoria de la piedra ansiada, nos distanciamos un tiempo. Cuando volvimos a reunirnos Benjamín me trajo una noticia sensacional: había dado, en Oruro, con un minero al que todo le salía a su gusto. "Tiene una piedra negra, que a primera vista parece una casiterita de duro estaño, pero en realidad es un diamante negro" —había dicho otro minero— pero es un zongo, no quiere pedir muchas cosas y se contenta con lo que es, con lo que tiene. Sólo para ayudar a los demás acude a la piedra. En ella se esconde un "Achachila" que lo complace en todo."

Brinqué de alegría: el minero orureño era poseedor del diamante negro. Iría a encontrarlo.

Nos dirigimos a la mina "Soledad", trabajada por una cooperativa que sólo explotaba ochenta toneladas de estaño. Los hombres nos recibieron con desconfianza pero unos regalos oportunamente distribuidos vencieron su recelo. Al decirles que sólo queríamos hablar con el Condori se tranquilizaron.

El Condori era un indio que andaría por el medio siglo. Vestido a la usanza indígena hablaba en correcto castellano. Decididamente esquivo fué difícil arrancarle confidencias: era un simple minero, no tenía familia, vivía apartado de los otros a quienes ayudaba cuando el caso lo requería. Cuando le hablamos del diamante negro contestó en forma negativa. "Aquí no hay diamantes — dijo —, un trozo de casiterita hace fantasear a los mineros y tampoco lo tengo; pasó por mis manos, ya dónde estará..."

Cuando yo pregunté si era verdad que el Condori podía convertir sus deseos en realidad, el indio quedó silencioso. Como ya insistiera en la pregunta el Condori contestó:

— Ustedes, los patrones, no entienden estas cosas. Está prohibido divulgarlas. Yo sólo trabajo para mis hermanos de raza. No diré más.

Interrogando a otros mineros, también de raza aimára, uno de ellos nos confiaba:

— "Layka" es, el brujo. Sabe todo, puede todo. Yo he visto la piedra negra que esconde en su "chuspa".

Fué inútil proseguir la investigación. El Condori se negó a recibimos. Yo que siempre he respetado el mundo indio, sus extraños hábitos, sus tradiciones mágicas, no quise insistir: cuando el indio dice "no" tiene la resistencia de la montaña, nada lo hará cambiar de opinión.

Pero de la visita a la mina "Soledad" saqué una vivísima experiencia: existía el diamante negro, tal vez uno, tal vez varios y su poseedor dominaba la materia.

— No persistas en la búsqueda — aconsejaba Benjamín —. Perderás tiempo y fortuna. Yo no creo en los poderes ocultos del indio Condori; es sólo un "amauta" de gran fuerza mental, y su sagacidad y su experiencia le permiten ejercer de mago.

Yo pensaba de otro modo; despierto o dormido soñé muchas veces que extraía de la "chuspa" del Condori una piedra negra, negrísima que me alumbraba con una luz sin rayos.

10

Por ese tiempo se cruzó en mi vida Rosalba Monteclaro. No sé qué impresión causaría los demás; para mí era la mujer más atrayente del mundo. Como todo enamorado de verdad sólo le encontraba virtudes, defecto ninguno. Además de endiabladamente hermosa era inteligente y dinámica, gerentaba una empresa de publicidad, ganaba mucho dinero, viajaba con frecuencia y emanaba de su persona una sensación de seguridad en sí misma como pocas veces se da en el sexo femenino. Discutiendo solía arrollar a su contrincante. No era pedante ni engreída, muy despierta en los "negocios" y de firme buen sentido en el juzgar. Fácil admirarla, difícil cortejarla porque ella admitía las amistades masculinas mas nada que significase amor o compromiso sentimental.

Aproximarse a ella no era difícil, lo difícil resultaba sacar ventaja sobre sus otros cortejantes. Independiente como un varón Rosalba Monteclaro hacía lo que le venía en gana sin permitir que nadie interfiriera en sus decisiones. ¡Qué encanto de mujer pero lejana, casi inaccesible para un amor serio!

Pensé que si hallara el diamante negro él me abriría el corazón de la bella... Remoto sueño: la piedra mágica provenía de un suceso onírico, pertenecía al reino de las imaginaciones, en tanto la muchacha deseada brotaba como firme planta del mundo real. De carácter resuelto, no vacilaba ni cambiaba de opinión y sabía evadirse de los intrusos.

Conociendo su modo de ser, su fiera independencia, no me atrevía a confesarle mi amor. Esa tarde ella se proponía intervenir en un circuito publicitario de largo alcance: lo había planeado cuidadosamente y requería un socio inversionista. Acepté sin reparos sabiendo que el negocio era bueno y además por complacerla. Sorbiendo un buen café yungueño quise llevarla a terreno movedizo.

— Usted necesita la compañía de un varón que la ayude y la proteja — intenté tímidamente.

Una risa sonora me cortó:

— Compañía, protección ¿para qué las necesito? Si me basto sola.

Vacilé antes de responderle:

— La naturaleza manda que hombre y mujer se unan, que se amen y procreen.

— Hay mucho tiempo para eso. Tengo amigas que casaron a los 40 y son muy felices; yo sólo tengo 25. ¿Para qué apresurarse?

La muchacha tenía todos los atributos de una exquisita feminidad: belleza, porte, distinción. La voz dulce, cantarina. La sonrisa insinuante. Un perfume de Guerlain despertaba el olfato. Vestía con sobria elegancia y todo en su atuendo y en sus ademanes revelaba la presencia de un temperamento delicado. Lo grave era que ese portento de cualidades femeninas guardaba una voluntad de hierro, concentrada únicamente en la independencia de su trabajo.

Tuve la prudencia de no insistir: Rosalba Monteclaro se alejaba de mi vida. Supe del rechazo a otros pretendientes y esto me dió una tenue sensación de revancha: entonces no era una cuestión personal, sino un rechazo al sexo.

Mas como suele suceder cuando se levantan grandes obstáculos a nuestro deseo, conforme pasaban los días y frecuentaba la amistad de la joven la pasión me hizo su presa: sentí la imperiosa, la ineludible necesidad de casar con ella.

Benjamín, riendo, aventuraba: "Busca el diamante negro, que te abra el corazón de la bella.

Pero semanas más tarde Benjamín conoció a la Monteclaro y cayó bajo su hechizo, siendo rechazado en sus pretensiones.

Rosalba aparecía inaccesible. Amiga en la verdadera acepción de la palabra, compartía con hombres y mujeres los encantos y los contrastes del vivir. No se arredraba en pedir ayuda si la requería, y a su vez la concedía generosamente.

Dejé pasar unos meses en los cuales mi conducta fué irreprochable: la acompañaba, como otros, sin insistencia, sin hacer pesada mi compañía. Hacia que los encuentros resultaran como casuales. De ingenio alegre y rápido, ella gustaba de la ironía, a veces de la broma fina y no persistente. Culta y bien informada su conversación devenía siempre interesante. Creo que yo tampoco era un mal camarada porque nunca advertí gesto de fastidio o de aburrimiento en ella. A

veces, algún domingo, montábamos a caballo sin que esto me produjera gran contento porque siempre salíamos en grupo con otras personas.

Cierta vez la hombría se me subió a la boca: ¿por qué callar? Debía arriesgarme como Benjamín, aun a riesgo de ser rechazado. En la terraza del hotel, una mañana esplendorosa de invierno, tomando el aperitivo matinal, volví al tema silenciado largos meses:

— ¿Por qué elude usted el matrimonio?

Rosalba me miró sorprendida.

— No lo eludo — dijo — simplemente no pienso en él. No casaré antes de los 30 y tengo varios años por delante.

— ¿Nunca sintió usted atracción por un hombre?

— Simpatía sí, atracción no.

— Rosalba: el mucho buscar desvanece el hallazgo.

La risa armoniosa de la joven me desconcertó:

— ¡Pero si yo no busco al hombre! El llegará cuando Dios o el destino lo decidan.

— Usted necesita un marido, un compañero que sea a la vez el amante elegido.

— Todo eso entra primero por los ojos, después por el trato. Todavía nadie me sedujo.

Plantee entonces abiertamente mi deseo: quería casar con ella, sería un marido ejemplar, un compañero dócil, le daría plena libertad para sus negocios y amistades...

— Eso no — replicó la muchacha — no quiero un marido dócil —. Luego con pena añadió: me duele decirle que siendo usted un excelente amigo, acaso el mejor, con el que más congenio, no siento por usted amor.

Con su negativa mi amor por Rosalba Monteclaro se acrecentó.

Dicen que el amor ciega y entontece a los hombres. Yo fui uno de ellos. Recurrí a prácticas medievales, consulté a quirománticos y astrólogos, a un herbolario aimára, rogué a santos propicios, imaginé fórmulas ocultas para rendir a la esquiva. Nada dió resultado.

No pude sorprender en Rosalba ese destello sagrado que brilla en los ojos de la mujer enamorada. Conmigo o con otros hombres ella observaba la camaradería natural de una buena amistad, nada que delatara afecto o interés personal.

Fué entonces que tuve otro sueño revelador.

— En la ribera de un lago límpido se me apareció una figura cubierta por una túnica de azabache. Casi no se le vela el rostro oculto por los pliegues del manto que caía sobre su frente. Su presencia infundía confianza. Una mi música suave brotaba de la arboleda próxima. Me aproximé a la desconocida hasta que ella me detuvo con un gesto de la mano. "No te acerques más — dijo — la Sacerdotisa vela." Yo inicié un largo relato contándole mi cuita. Ella me escuchó en silencio y luego contestó: "Sólo hay una manera de lograr a la inaccesible: pide al Diamante Negro y su amor te será concedido, pero antes tienes que encontrarlo." Yo quedaba desconsolado en el sueño porque sabía la inutilidad de la búsqueda.

La figura semivelada alzó la diestra y señaló hacia un atril surgido no sé de dónde. En su pequeña superficie cuadrada, reclinado sobre un terciopelo blanco el Diamante Negro esplendía en fulgores rojos, azules, verdes, violeta, bermellones, celeste, solferino y luego todos los colores fueron absorbidos por una luz siniestra de espantable negrura que despedía una rara claridad, lejos del amarillo de la luz.

Quise precipitarse a cogerlo, pero la figura de la Sacerdotisa me contuvo: "No es tu hora!" — profirió — tendrás que padecer mucho para lograrlo.

El momento en que el diamante Negro se transformaba en la cara hermosísima y sonriente de Rosalba Monteclaro, desperté.

11

Discutimos largamente el asunto. Tu alegabas:

— Lo primero sería desvincular los sueños de la realidad. Lo soñado no puede servir de guía a lo que se busca. Luego ese tu empecinamiento en creer que existen sustancias mágicas que lo revelan o lo pueden todo... Absurdo. Más parece obsesión de locura que propósito factible. Abandona tu idea: jamás encontrarás la llave o el diamante que abren todas las puertas.

Recuerdo haber respondido:

— Fué viejo ideal de la humanidad hallar la clave del misterio. ¿Que fueron la piedra filosofal, el elixir de la juventud, la piel de zapa de Balzac o la flor azul de Novalis? Aproximaciones al dominio total de la materia. Sostengo que sueño y realidad son dos formas de la verdad, mejor dicho de la naturaleza. Ya lo dijo el visionario tudesco: el mundo podría ser un sueño, el sueño un mundo. No es imposible mi búsqueda; en el infinito tiempo algún día se resolverán todos los incognoscibles. ¿Por qué no habría yo de poder hallar la clave de uno de ellos? Debe existir, tiene que existir esa fórmula — o esas fórmulas — que permitan la transmutación de las sustancias y el dominio pleno de las transformaciones del deseo. Todo es posible. El hombre no puede convertirse en Dios pero sí podría llegar al semidios legendario, hacedor y deshacedor de su mundo que a su vez recompondría a voluntad. La llave existe, en forma diamantina o en captación mental. Pero existe. La presiento...

— ¿Y serías dichoso pudiendo satisfacer todo lo que se ocurriera?

— Es otro problema. Dejémoslo a su tiempo. Lo que interesa es colmar el anhelo que se presenta inaccesible.

Ya sé que no pude convencerte. Me mirabas como a un extraño, acaso me creías loco, qué sé yo... Comprendí que apesar del afecto que nos unía en verdad nos separaba el abismo de lo transmisible: yo no podía infundirte mi fe, tu no alcanzabas a entroncarme en tu sano sentido de realidad. Finalmente tu en la negación, yo en la aspiración seguimos girando en la buena amistad que supera las contradicciones del pensar.

Recuerdo también mi experiencia con el "yogui", un hindú de alta clase, muy culto, el cual me sintetizó en estos términos la combinación de los ejercicios somáticos con la disciplina mental para alcanzar las metas propuestas. "Después de un jargo aprendizaje, nada fácil por cierto, si el "yogui" se encarama en la cima de un monte y se concentra intensamente, noche y día, puede abrir todas las puertas de la comprensión, puede trasladar montañas, pueda franquear el muro invisible que separa lo conocido de lo desconocido. Para entonces el individuo se habrá desvanecido y serás uno con la materia y el espíritu."

— Para ello — adujiste — tendrías que convertirte previamente en un semihombre, poco más que un esqueleto. Los yoguis ya no pertenecen al mundo material; y llegado a ese trance ¿qué podrían importarte los deseos?

— Tienes razón — repuse — no pienso alcanzar el enigma por los métodos hindúes. Ni quiero despojarme de ninguno de mis atributos de varón, físicos o psíquicos. No me interesa el dominio interno, sino la posesión del mundo exterior.

Cuando tu me objetaste que no podía existir ese instrumento único capaz de revelarlo todo, porque el universo es infinito, variable y complejo, de modo que no existen una, dos sino innumerables fórmulas para descifrar sus secretos, te contesté:

15

— No pretendo invadir las zonas sagradas; sé que el hombre jamás podrá abarcar ni menos entender la monstruosa variedad del universo; persigo algo mucho más sencillo: esa fuerza secreta (tiene que existir) que me permita alcanzar la realización de todos mis deseos. Nada más. Algo estrictamente relacionado con mi exclusiva individualidad, para mi uso personal.

— ¡Estupendo egoísmo! — argüiste.

Y yo, muy tranquilo, cerré el diálogo:

— Calificalo como quieras. Sólo puedo decirte que aunque no llegara nunca a descubrirlo, el solo hecho de buscar sin tregua ese objeto mágico me hace dichoso. Por misterioso, por inaccesible es justamente el sol que alumbra mis amaneceres. Una llave es siempre algo enigmático: nos abre el otro lado de las cosas. Las piedras preciosas son mensajeras del mundo mineral: hablan con destellos y colores. Pero el diamante negro, por lo mismo que nadie lo ha visto es la recompensa de los soñadores. Y no sé... soñando podría crearse o re-crearse la dimensión de lo maravilloso.

12

Se me ha ocurrido pensar que todos los buscadores de verdad como Angelo Silesius, William Blake, Meistef Eckhart, o el incógnito Narayan, partían al encuentro de su anhelo, se movían hacia una meta lejanísima. Nadie sabe si llegaron o no llegaron a su centro. Es justo admitir que junto a los sueños de los grandes buscadores, mi pesquisa resulta pueril, tocada de materialismo torpe y egoísta. Con todo, la situó en otro plano: no se trata de salir a la captura de un ideal, sino de hacer que el ideal venga a nosotros.

Después de haber recorrido los caminos escabrosos de la búsqueda hacia afuera, creí comprender que únicamente la senda interior me traería la versad ansiada.

Me convertí, pues, de buscador en aguardador. Esperaba, esperaba en una suerte de espera dinámica que aguardaba sin prisa pero también sin desfallecer. La Llave debía venir a mí, no yo a ella. Estuviese ocupado en los menesteres cotidianos, leyendo o meditando, sentía cómo me asediaban los relampagueos de la intuición. La revelación me rondaba, me rondaba mas no se entregaba.

A la desesperación sucedió la reflexión.

Ya no era el impaciente, el impetuoso que desea satisfacer a corto plazo su objetivo, sino el tranquilo guarda de las horas seguro de su espera, confiado en que la verdad ansiada está haciendo camino hacia el buscador.

En los sueños o en las meditaciones diurnas pensaba en el diamante-llave como en un antiguo amigo que regresa después de un largo viaje. Si yo sabía que él — o ella — se dirigía hacia mi centro sólo que la distancia era aún mucha y debía esperar todavía que madurase la hora del encuentro.

La voluntad fué para Schopenhauer la clave en su representación del universo. Mi deseo sería el imán capaz de capturar la imagen rondadora de la esperada dicha. No hay talismán que escape a la porfía indagadora de la búsqueda que espera.

Me sentí fuerte, arrogante, victorioso.

Si Swedenborg hablaba con los ángeles, Blake con los democios ¿por qué no podría yo comunicar con los guardianes del destino? Porque mi lucha era esa: contra el Destino, contra la Naturaleza, contra lo Prohibido. El que concreta sus deseos en objetivos finales ¿no es el vencedor de lo imposible? Pues bien: yo sería el único poseedor del hallazgo decisivo que endiosa al hombre y hace retroceder los enigmas.

No me referiré a otras experiencias oníricas que se juzga producto de la fantasía. Hablaré mas bien de mis experiencias diurnas cuando "sentía" que una gran llave de diamante me

16

perseguía en los momentos de descanso. O cuando en los instantes de mayor intensidad de trabajo ella se perfilaba — presencia sin presencia — en el aire. Mi observación favorita de las montañas siempre terminaba en la visión o la ilusión de un gran artefacto en forma de buso con cabeza prensil y al otro extremo un cabo de ángulos diversos como para encajar en un cerrojo. La montaña, entonces, se transformaba en un llavón inmenso que despedía fulgores extraños; y lo raro era que yo veía y no vela el gran objeto.

Ni codicioso ni ambicioso no deseaba encontrar el instrumento mágico que me hiciese dueño del mundo y de sus gentes, sino simplemente poder atravesar los ilimitados mares del deseo y llegar a la ribera ulterior donde todo sueño se vuelve realidad.

Todo lo que pensamos es verdadero. Imaginación y materia son formas del mismo fenómeno: lo que es, lo que puede ser. Si yo habla imaginada la existencia de una llave que abre todas las puertas, esa llave existe aunque nadie la hubiera visto. He dado un sentido a mi vida buscándola afanosamente largos años; ahora tengo derecho a la posición inversa: que ella venga a buscarme, que me encuentre.

Tenía la vaga sensación de que ella estaba ya en camino hacia mí. Y mi alegría era mayor cuando imaginaba — o presentía — que el diamante negro de mis sueños se convertía en una llave sutil, alongada que despedía finos fulgores. O al revés, al sentir o presentir que el objeto que abre los cerrojos se transformaba en una piedra preciosa de ébano surgente.

Otras veces, como si ya fuese dueño del milagroso artefacto solía ensayar mi poder de materializar mis deseos. No siempre lo conseguía, mas bien por excepción, pero esos pocos casos me hacían exultar de júbilo: estaba cerca, estaba cerca, algún día alcanzaría la meta codiciada.

Resucité a un perro muerto. Con un pase de mi mano reconstituí como nuevo un auto terriblemente abollado. Pasé de un monte a otro en un salto prodigioso de kilómetros. Encontré un anillo de oro perdido en el desierto. Quise escribir un libro maravilloso, como jamás fuera escrito y me salió de un tirón, en pocos días: me hice famoso. Ahora que estas experiencias fueron tan intensas, tan profundas, que después de transcurridas no llegaba a discernir si habían sido vividas o sólo pensadas: es tan fina la línea que separa la realidad de la fantasía...

Conforme pasaban los meses, los años, yo sentía que se aproximaba el desenlace de mi búsqueda-espera. Ignoraba las incidencias que aun me aguardaban.

Y es que el deseo excesivo es como una nueva religión que brota en el corazón del hombre y lo anega en su tremendo hervor.

Aunque convivía con mis prójimos y realizaba normalmente mis faenas habituales cada vez me apartaba del trato íntimo con las personas. Sólo tenía un amigo con el cual reanudaba de tiempo en tiempo el largo diálogo de la existencia, utilidad o inaccesibilidad del talismán soñado.

— Sigue esperando — me decía una voz interior — tu hora llegará.

13

¿Sería justo, sería posible conferir a uno solo el poder inconcebible de una voluntad omnímoda?

Sería absurdo. No puede ser.

Imaginad lo que haría el presunto dueño de un poder mágico que le otorgaría el dominio de la materia y de las almas. Primero satisfaría pequeños anhelos materiales. Después aspiraría a mayores logros. Se le antojaría desquiciar el orden físico del mundo y trastornar los designios de los pueblos. Finalmente podría pretender desquiciar la mecánica celeste, hacer y deshacer las constelaciones. En suma: descomponer el universo, lo que está reservado al sumo poder de Dios.

Ni el equilibrio universal ni el orden del espíritu permitirían semejante desatino.

Una mente racional no puede concebir esa energía monstruosa encerrada en una sola cabeza. Locura. Absurdo. Imposible. Escapa a toda lógica y a todo principio de equidad.

En los cuentos de hadas y en las imaginaciones de un loco puede ser que existan esas llaves famosas que abren todas las puertas. En el mundo racional no. No las hay.

Porque sucede que en el universo, en el orden del mundo físico y aun en el alma del hombre todo está sujeto a medida, a proporción, a límites predeterminados que nadie puede franquear. A quién pretenda negar a alterar ese equilibrio fundamental de las cosas hay que considerarlo mente extraviada, voluntad enferma.

Loco será o extraviado mental el personaje de esta historia en busca del diamante negro revolvedor de todo deseo. Y también el autor que la imagina que intenta reducir la admirable ordenación del mundo a un cuento infantil.

Verdad que existió — la historia lo atestigua — un rey asirio, Sargón que imploraba al Dios EA, creador del mundo: "Dame inteligencia pronta y espíritu abierto, que prospere mi alma y pueda obtener todo lo que deseo."

Sargón no era loco. Al contrario, fué gran gobernante. Pero supo reprimir sus deseos, no pediría cosas imposibles, se contentaría con desear y obtener metas al alcance de su poder humano, sin violentar las leyes físicas. Era un soberano astuto y razonable. Buscador limitado por la propia voluntad ignoró el ansia desapoderada del iluso que cree poder domina! la materia y el espíritu.

Y es que Sargón no supo de la llave que abre todas las puertas, sino de otro artefacto que abre solamente algunas.

Otro Rey-Sacerdote de los Antis, en la remota lejanía andina, llamado Tutayak-Pacha tenía la virtud de transformarse en ave o en puma, curaba las enfermedades, y aplanaba los cerros con sólo mirarlos. Un día quiso igualarse a Wirakocha: fué su último deseo incumplido porque el Dios Creador confundió su razón y lo precipitó al abismo. Tutayak-Pacha menos sabio que Sargón no supo medir el Poder Oculta que lo habitaba.

Y es que no todos pueden — ni deben — aventurarse en la persecución de lo imposible. Ella está reservada a los grandes soñadores, los terribles inquietos que ignoran que ellos son, a un tiempo mismo, la caza y el cazador de su destino.

14

Es de todo punto inadmisibles que exista un poder semejante al de Dios para dominar la materia y conducir las almas.

Si existiera esa llave que abre todas las puertas su poseedor sería Dios y Dios sólo existe uno, inmensurable, incomprensible que nadie puede suplantar. Argumento teológico.

El Universo está construido sobre la multiplicidad y la complejidad. El macrocosmos o el microcosmos se organizan sobre infinitas unidades de cosas que la mente no puede abarcar. Uno no puede alcanzar la inagotable pluralidad de seres y cosas que bullen en el espacio. Argumento físico.

Uno no puede ser todos, todos no pueden reducirse a uno. El mayor esfuerzo sólo abarca la mínima comprensión. Hombre y universo son dos entes no comparables. Argumento dialéctico.

El todo no es asequible a la parte, la parte no puede llegar al todo. Los enigmas finales no pueden ni deben ser resueltos porque entonces no habría necesidad de Dios ni del infinito universo. Argumento metafísico.

Si no existe ni puede existir esa famosa llave que abre todas las puertas, menos se entiende que ella apareciera en forma de un diamante. Todavía la imagen de una llave sugiere

18

simbólicamente el acto de abrir un cerrojo, de desvelar un misterio. Pero el diamante por si carece de la propiedad de mover volúmenes o puertas. Por lo tanto es igualmente absurdo concebir una piedra preciosa de color negro que satisfaga todo lo deseado.

Lógicamente no es licito admitir la existencia de instrumentos mágicos que coloquen en el cuenco de una mano el poder de transformarlo todo.

¿Pero estamos en el terreno de lo razonable y concebible o en el plano de la imaginación y del ensueño?

Concretamente: lo ilógico no se dará. Fantásticamente: todo puede suceder.

Bien mirado existe y no existe la Llave Que Abre Todas las Puertas y también existe el Diamante Negro. Sólo que nadie los ha visto aunque muchos anden en su busca.

Lo pensado podría ser tan real como lo existente. Se verifica en otra dimensión, ciertamente, mas no por ello menos aprehensible que el fenómeno físico. La imaginación ¿no es parte de la naturaleza? Entonces siquiera sea potencialmente sus configuraciones dinámicas podrían tener vida.

Mas todo cuanto escapa al mundo tridimensional que habitamos (cuatridimensional dirían físicos y matemáticos) es por principio irrealizable e incapturable. La idea de infinito es inabarcable para la mente humana, el mundo es infinito, por consiguiente no accesible en su totalidad aterradora a la comprensión del ser hablante.

Para una inteligencia de razón, equilibrada, lógica y positiva no hay fórmulas ni artefactos mágicos capaces de reducir la vastedad y variedad del universo a la comprensión y el dominio del hombre.

Pero muchas noches sueño que una llave que se transforma en un diamante negro me convierte en rey del mundo y puedo hacer y deshacerlo todo y volverlo a reconstruir con mi poderosa fantasía creadora.

15

Dices haber conocido a uno cuyos deseos se cumplían fielmente. Difícil creerlo. Sin embargo te escucho: enumera sus hazañas.

— No sé si serian hazañas, casualidades o suerte, pero la verdad que comprobé ocurrió así. En los exámenes sólo estudiaba cinco de los treinta números de cada materia y siempre le tocaba uno de los cinco estudiados. Quiso ser el primero en atletismo y lo consiguió, cierto que después de largo entrenamiento. Jugó una sola vez a la lotería y sacó el segundo premio. Concurso en un certamen escolar y su poema ganó el concurso. A veces nos decía: "mañana no lloverá" — y no llovía. Los chicos del curso lo bautizaron como "El Brujo" porque siempre acertaba donde otros erraban. Soñó casar con una muchacha de nivel superior que lo aventajaba por muchos conceptos y la logró. Se metió a minero y su mina entró en boyía también es cierto que después de largos meses de trabajo incesante y periodos de desaliento.

— He ahí el secreto de sus éxitos: la voluntad. Tu amigo no se rendía a los obstáculos: los enfrentaba.

— Pero no era cosa sólo de la voluntad porque si unas cosas le resultaban después de grandes esfuerzos, otras salían como por un tubo en declive: fácilmente. Lo que no puedo comprender es por qué a él todo le salía conforme a sus deseos y a los demás no.

— Tal vez porque operaba dentro de lo posible, sin pedir cosas absurdas. ¿Le oíste decir, por ventura, que deseaba apagar las estrellas?

— No. Nunca le escuché cosas más allá de lo real.

—Era pues un alma juiciosa alejada de lo inaccesible. Esa fue su virtud: situarse dentro del perímetro de lo posible. A esos seres sensatos, bien plantados en tierra, que frenan la fantasía, suelen serles propicios los hados.

— Puede ser, mas había otros compañeros en el colegio igualmente sensatos, inteligentes, cuya voluntad se movía dentro de lo posible y no obstante rara vez conseguían sus propósitos.

Callé ¿cómo explicar las fronteras entre lo providencial, lo fortuito, lo casual, lo laboriosamente obtenido y la pura suerte? Medité un rato y luego reanudé el diálogo:

— Me habría gustado conocer a ese tu amigo, cuya plenitud de realizaciones es dudosa. No sería tu imaginación que te hacía magnificar los hechos?

— No — repuso mi amigo — todo y mucho más sucedió tal como lo cuento. No exagero.

— Yo nunca conocí un sujeto de tan excepcionales atributos.

— Yo Sí... Ahora recuerdo que mi amigo, el afortunado soñaba conocer Dinamarca. Un día tuvo que viajar a Copenhague para recoger la herencia de un pariente lejano ya olvidado. Nunca más supimos de él.

— Se lo tragaría el mar...

— No lo creo porque ansiaba llegar a los ochenta y al emprender el viaje andaba por la mitad de esos años.

— Raro el sujeto, un favorito de la fortuna. Los hay, algunos, pero éstos nunca pretenden violar las leyes naturales ni acceder a lo imposible. Esa es su virtud.

Mi amigo siguió discutiendo: ¿por qué algunos pueden materializar sus sueños y otros no?

La expliqué que todavía nadie ha descifrado qué es la suerte ni por qué distribuye tan desigual y caprichosamente sus dones.

— Debe existir un talismán que sólo se presenta a pocos.

No pude contener la risa:

— Estás cayendo en lo que otras veces negaste: un poder oculto que quiebra toda resistencia y facilita el cumplimiento de lo que anhelamos.

Mi amigo reaccionó con presteza:

— Ese talismán es la voluntad.

— Muchos con exceso de voluntad ven frustrados sus deseos.

— Yo la tengo en demasía y sin embargo pocas cosas me salen bien y muchas se descalabran.

Le contesté burlón:

— Es que perdiste la llave que abre todas las puertas.

El hombre estaba estupefacto: en un inmenso semicírculo habla numerosas puertas, tal vez mil o más. Tenía una llave en la diestra, iba encajándola en las cerraduras y las puertas se iban abriendo sucesivamente conforme el artefacto daba vuelta al cerrojo. Era fácil abrirlas pero lo que surgía detrás de cada una de ellas lo llenaba de espanto porque no se trataba de cosas concretas, conocidas sino de figuraciones increíbles, monstruosas algunas, otras complicadísimas que se

referían a otras formas de vida en mundos desconocidos. Cada puerta revelando su secreto, cada secreto aterrando al abridor de puertas. Una sucesión interminable de hechos insólitos, de caras nuevas, de cuerpos disformes, de paisajes abismales. Y todo transcurría en un silencio pavoroso.

Lo curioso era que no se cansaba de abrir las numerosísimas puertas; seguía y seguía tentando las cerraduras y descubriendo los enigmas que guardaban. Su mente acumuló tal cantidad de horrores y deslumbramientos que pensó podría estallar: se había convertido en una máquina fenomenal de absorción que lo devoraba todo sin que una imagen borrara la otra sino que todas se alineaban ordenadamente dentro de la grandiosa cavidad pensante.

Lentamente se fue infiltrando en su ánimo primero el descorazonamiento, después la desesperación: no podía continuar abriendo accesos a lo desconocido y devorando los terribles materiales que se presentaban en alocada fuga.

Cuando ya se sentía a punto de desfallecer, un brusco cambio de escena fue disolviendo la sucesión de puertas y secretos. El paisaje se volvió apacible, seductor. Sobre un tapiz de grama finísima, encima de una piedra bermeja lucía un diamante negro, negrísimo que era casi la negación de cuarzos y cristales, pues no despedía destellos luminosos ni colores de sus ángulos, ni de sus especulares planos geométricos, sino que irradiaba una luz fúnebre, imposible de describir con la escritura. Pero esa luz, apesar de los tintes de ébano que la movían, no asustaba; mas bien invadía el alma de placidez como si el color negro cobrase nueva vida rivalizando con la escala cromática.

En contraste con los enigmas espantables que descubrían las puertas abiertas, el diamante negro despedía unos rayos de luz negra (¿cabe la contradicción de términos?) que lejos de amedrentar tranquilizaban al hombre. Se diría que contemplándolo, recibiendo los efluvios de su extraño brillar, una sensación de paz, tal vez hasta de trémula dicha invadía al espectador. Y el diamante negro revelaba, a su vez, nuevas verdades sorprendentes como tratando de explicarlo todo por una razón lucidísima. Y estas nuevas verdades daban apertura al gozo de comprender: todo resultaba fácil, admirable, dócilmente explicable.

Si el mundo de las puertas múltiples revelaba la faz oscura de las cosas, el mundo de la piedra de azabache conducía a un amanecer de serena plenitud.

Aun colgaba de su siniestra la llave famosa ¿volvería a utilizarla en las puertas que no llegó a mover? Pero sus ojos fijos en el diamante negro seguían absorbiendo los raros rayos lumíneos de la negritud que hacían un llamado al centramiento del ser en una paz esencial.

La llave vibraba en su mano. La piedra preciosa emitía ondas de amistad. Quiso arrojar la llave lejos de sí, intentó apoderarse del diamante negro. Y en ese instante despertó.

17

Las modestas dimensiones del mundo antiguo limitaban asimismo los deseos del hombre pasado.

Midas quiso convertir en oro cuanto cogía. Juliano, emperador, soñaba destronar al Galileo. Apolodoro de Agrigento anhelaba encontrar el elixir de la eterna juventud. Narumath, sacerdote de Sais, perseguía la técnica de transformar las almas. Xirdes el babilonio buscaba el arte de aplanar los montes. Sirdonio de Padua soñó en un punto que contenía todos los puntos. Novalis pensó que la Flor Azul — que nadie ha visto — sería el símbolo de la juventud y la belleza. Nietzsche el réprobo creyó volver a crear al hombre por la transvaloración de todos los valores. Swedenborg hablaba con los ángeles. Blake ludió contra el demonio. Y Alejandro de Naxos aspiraba a concentrar el poder del mundo en la punta de una aguja.

Por grandiosos e imposibles que aparenten tales objetivos, en realidad están circunscritos a su propia realidad. Persiguen un solo anhelo. Se orientan hacia la parte maravillosa que les haría comprender — o abarcar — el todo. ¡Feliz aquel que pudo concentrar en un ángulo exclusivo de enfoque su visión! Fueron los demihurgos del ensueño.

Pero el varón actual, que ha crecido desmesuradamente hacia adentro y hacia afuera, el hombre multidimensional de nuestro tiempo, basculando entre los dos infinitos del macrocosmos y del microcosmos, ya no aspira a resolver un problema ni a encontrar el hallazgo soñado: quiere abarcarlo todo. No le basta el dominio de su mundo conocido; querría revivir también los plurales mundos pretéritos, y adivinar los tumultuosos mundos por llegar. Su campo de acción no sería el mundo que habita: sería el Universo y el Universo en todas sus participaciones de tiempo. Querría, por ejemplo, revivir las culturas más remotas, manejar reyes y hundir imperios. Anticiparse En milenios al futuro presintiendo las cosas fabulosas de unidad súper científica que todo lo podrá. Mas no sería todo: aun soñaría poder dominar el espacio estelar, apagar y encender estrellas, alterar el orden cósmico, re-crear el equilibrio de los astros. Hacer de pasado, presente y futuro un mismo dominio de su omnimoda voluntad.

Monstruo de monstruos: el que engloba, deshace y vuelve a rehace el universo.

He aquí por qué la Llave Que Abre Todas las Puertas o el Diamante Negro que todo lo ilumina, no pueden ser accesibles a la Ínfima inteligencia humana. Colocados en mano de varón lo transformarían súbitamente en un segundo Dios y es bien sabido que si los dioses menores de las mitologías fueron muchos y serán más, en verdad sólo hay un Dios omnipotente, constructor, destructor, recomponedor de astros, mundos, seres y ambientes microbiológicos.

Es pues inútil perseguir lo inaccesible. Los talismanes pretéritos pasaron, no todos ciertamente realizados. Hoy resulta imposible de creer en la existencia de un instrumento mágico que nos entregue el dominio de la materia. No existe, no puede existir El hombre cósmico creció mucho, pero jamás alcanzará la majestad del infinito Universo.

— No importa que no exista, que no pueda existir — dice Nayjama el Buscador seguirá soñando en él.

18

Después de haber recorrido el áspero camino de la iniciación telúrica, Farid-Eddin- Elsor se refugió en la montaña Sajama para intentar la última prueba que lo llevaría a la cúpula directiva de los Hombres Blancos de la Nieve.

Ya su maestro espiritual le tenía prevenido:

— Será muy duro, muy difícil. Eres aun muy joven, acaso no absorbiste lo suficiente para enfrentar el gran misterio. La menor vacilación te haría caer. Tente firme.

El Aspirante se despidió del Maestro y comenzó el ascenso olvidado de hambre, sed y cansancio que ya estaban superados por la iniciación. Carecía de abrigos protectores y de herramientas pero su voluntad era tan fuerte que logró en sólo una jornada escalar aquello que los andinistas realizan en varios días.

Llegó a la cumbre cuando el sol ponía mágicos reflejos de púrpura y violeta en el poniente. Sentóse sobre la nieve, se cruzó de piernas y de brazos, y convertido en estatua de piedra como si nada pudieran hacerle la altura, el frío y los fuertes vientos, comenzó el experimento final.

La luna llena asomando del otro lado de la Cordillera, alumbraba prodigiosamente el paisaje. Veíanse otras cumbres nevadas, la gran llanura carangueña, el Lago Sagrado como una cinta de plata, un escenario potente de cerros, hondonadas y arbolares cubriendo la extensión del altiplano. Fárid-Eddin-Elsor se sacudió de toda imagen visual, ordenó a sus ojos no ver, a sus sentidos no sentir, y se reconcentró en la sola operación de la mente indagadora que todo lo puede. La cortina de su voluntad lo separó del mundo exterior y se vió dentro de si como una criatura diminuta perdida en un océano oscuro sin límites, sin luces.

Transcurrieran varios días con varias noches. El aspirante agujas continuaba inmóvil. A veces caían las finas agujas de la nieve en su cuerpo sin causarle reacción, hasta tal punto estaba concentrado en el solo juego mental.

Farid-Eddin-Elsor pensaba, pensaba, pensaba...

El océano oscuro se transformó en un muro de cristal que dejaba filtrar una luz azulada. El muro pasó a ser un apiñamiento de rocas agresivas. Las rocas se convirtieron en torrente. El torrente devino un escenario fantástico de sembríos y jardines. El escenario de verdes y amarillos se sumió en una multitud aterradora de gentes que corrían enloquecidas. La multitud se trasfundió en un coro de bellísimas jóvenes que entonaban cánticos melodiosos. El coro de jovencitas se desvaneció ante las fauces de un tigre amenazante cerca, muy cerca que abría las tremendas fauces colmilladas. El tigre cedió ante la proa de un navío altísimo que se precipitaba aplastador. Del navío surgió una manada de vicuñas de grandes ojos fijos. Las vicuñas cedieron ante un cangrejo monstruoso que parecía abrazar el paisaje. Al cangrejo sucedió un desfile de figuras fantasmales que se movían en ondulados giros. Y las figuras fantasmales...

"No debo ceder, no debo ceder — se dijo el Aspirante. Son tentaciones de adentro como de afuera. Todo lo que me distraiga del objetivo único está demás. Alejaos visiones dulces u horrendas, alejaos... Mi mente señorea todo lo visto y todo lo imaginado. No cejaré."

El Sajama lucra inmutable sus formas majestuosas. Arriba, en su cima, no perceptible por lo minúsculo, el hombre cruzado de piernas y brazos continuaba la travesía memorable, la que sólo transcurre en el laberinto interior de la férrea disciplina biológica e intelectual.

Pasaron cinco, ocho, diez días. El aspirante proseguía inmóvil vil como estatua. Sólo su mente atravesaba y vencía los laberintos de la duda. Pensaba, pensaba, largamente y hondamente... Su propósito consistía, solamente, en conseguir, por los poderes mentales y sobrenaturales, que la montaña abandonara su plataforma térrea y que llevándolo encima a manera de descomunal corcel diese la vuelta al globo para volver a enclavarse en su posición original.

Sueño imposible — habíanle pronosticado algunos oficiantes del culto iniciático, pero el Maestro del Ande túvole dicho:

— Si persistes en tu afán, a través de todos los peligros y obstáculos, la montaña te transportará.

Y allí estaba él, en la cima del Sajama, mineralizado en cierto modo, carne, piel y huesos más cerca de la piedra y de la nieve que de la combustión corporal. Pensando, soñando, recreando el mundo con solo su pensamiento, seguro de alcanzar su meta para después embarcarse en otras proezas prodigiosas que se eslabonarían unas tras de otras porque si la mente vence una vez, vencerá todas. Porque el espíritu triunfa siempre de las limitaciones del cuerpo. Porque está dicho — y fué probado muchas veces por místicos, visionarios y yoghis — que el hombre puede conseguir todo si se somete a las reglas primordiales y practica , las disciplinas del saber oculto.

Para el aspirante no existían talismanes, llaves mágicas, ni diamantes capaces de resolverlo todo; El sólo su voluntad, su poderosísima voluntad que podría convertirlo en rey del mundo si aspirase a tamaña dignidad. Pero no: él quería únicamente cabalgar la cumbre. Y lo haría, lo haría porque la fuerza y la pureza victoriosa de su pensamiento estaban destinadas a vencer de lo imposible.

Sintió un bramido formidable bajo su cuerpo enclenque: la montaña se movía, se movía con lenta y terrorífica majestad. ¡Entonces era posible, su sueño se realizaba! La cima del Sajama como si fuese la proa gigantesca de un navío inverosímil tomaba rumbo al norte y emprendía la marcha fabulosa. Se remontó en el aire, dejando un hueco formidable en el piso. Y la montaña avanzaba en el vacío con solemne gravedad.

Farid-Eddin-Elsor exultaba de júbilo: había vencido, era un semidios! Pero la emoción fué tan intensa que quebró su dominio interior: ya no era el asceta de las mil privaciones somáticas, sino el hombre común. Mientras la montaña regresaba a su punto de origen sintió un frío intensísimo que amenazaba desintegrar su armadura corporal. Había dejado de ser el aspirante insensible a los rigores de la atmósfera.

Antes que el Sajama recuperara su posición original, el aspirante yacía convertido en un guiñapo sobre su cima. Su espíritu inmortal empero, trasvolado de secretas energías, se incorporaba a la gran masa de nieve y roca en un rito pavoroso de transformaciones inauditas.

Y así fué como Farid-Eddin-Elsor, después de ver la faz del misterio, fué absorbido por el terror blanco de la montaña formidable: lentamente, inexorablemente...

19

Me dices haber conocido un hombre que parecía tener la clave de la felicidad porque nada anhelaba.

— Sería un tímido, un conformista, el ser prudente de la antigua sabiduría que nada aspira porque todo le parece bien.

— No — replicó mi amigo — ni conformista ni tímido. Hallaba mal muchas cosas del mundo, pensaba que se debían corregir, pero en cuanto a su persona nada pedía, emanaba un tal equilibrio interior que desconcertaba. Era, además, reservado, se conocía muy poco de lo que era y lo que hacía.

No puede existir un ser así en el mundo de hoy — pensé. Mi amigo exagera.

Mi amigo insistía: es un alma libre, perfecta: a nada aspira, se contenta con ser lo que es maestro de escuela.

Modela almas y da la sensación de tener ya redondeada la suya. Es un tipo extraño.

Me picó la curiosidad y quise conocer al feliz mortal que nada deseaba.

Vivía sólo, en una casita en la falda del cerro, con muchos libros y un viejo clavicémbalo que tocaba con delicada pulsación. Andaría por los 45. De mediana estatura, delgado, la cara de rasgos viriles, los ojos semihundidos en la profundidad del arco superciliar. Miraba poco de frente, pues su mirada se alejaba hacia la lejanía. Su voz lenta y suave tenía modulaciones de violoncello. Nos acogió cordial, nos convidó té y cuando mi amigo le expuso el motivo de la visita, sonrió con melancolía:

— Es natural — dijo — nadie cree que pueda existir una persona sin deseos. Pero existe.

Charlamos, o divagamos largamente. Cuando yo expuse que con mi amigo discutimos muchas veces sobre la posibilidad de que existiera una llave que abriese todas las puertas, el varón sin deseos anotó:

— Nada es imposible. Podría existir, mas en lugar de ser un instrumento exterior es probable que sea una fuerza espiritual. Nunca pensé en ello porque nunca aspiré al dominio del mundo de la materia.

El hombre que nada deseaba confesó haber tenido deseos como todo el mundo, pero habiéndolos realizado ya no aspiraba a nada.

Le pregunté cuál fué su último deseo el que lo habría llevado a ese estado de saturación del anhelar. Contestó que precisamente por haberlo logrado había cesado su ansiedad, pero que le estaba prohibido revelarlo.

Había tal placidez en su mirada, tal firmeza en sus palabras que nos dio la sensación de un ser supranormal: estaba más allá del mundo real.

Al despedirnos le espeté mi última duda:

— No puedo concebir un alma sin deseos, lo que equivale a no tener ideales y un hombre sin aspiraciones o sin ideales ya no es un hombre; pasa a la categoría de santo, de yoghi, de alma muerta.

24

El varón sin deseos repuso sin alterarse:

— No soy yoghi, santo ni nada por el estilo; mas bien un hombre común. Tengo ideales — no aspiraciones — que ya no dependen de mi voluntad, y se realizan en un plano que vosotros no podéis entender.

Mi amigo terció a su vez:

— Señor — dijo al solitario — nosotros no podemos comprender una vida sin deseos, que equivale a matar la voluntad. ¿Cómo puede vivir usted sin anhelos, sin propósitos, sin metas próximas o lejanas, sin aspirar a nada?

El hombre contestó sin inmutarse:

— Aquel que alcanzó el supremo deseo ya nada puede desear.

Lo miramos con respeto y admiración sin poder concebir cuál sería ese último y supremo anhelo, esa clave que lo situaba en un aura de paz y desasimiento.

Al alejarnos mi amigo comentaba:

— No sé si es un gran farsante o un espíritu leal. No lo comprendo.

— Tampoco yo — argüí — pero lo creo sincero: su mirada irradia bondad y verdad.

Muchos años después tropecé en el Libro de Adoniram con esta frase que me volvió al maestro de escuela: "...pues los hay que habiendo descubierto el arte de dominar sus sueños, en los cuales todo lo pueden, se desentienden del mundo viviente..."

20

¿De dónde brotan ese anhelo de originalidad, esa ansia de alcanzar lo imposible, el impulso para realizar grandes cosas, esa exaltación del yo?

El hombre, cuanto más hombre, más cargado de problemas. No le basta con ser uno que sobresale, quisiera ser único entre todos. La ambición lo dirige, el orgullo lo acicatea. Sabe que no puede confiar en una posteridad extensa, pero aspira al reducido prestigio de su tiempo. Quiere ser líder y descubridor a la vez. Reinventar el mundo. Rehacerse y magnificarse a sí mismo.

Es el eterno buscador de verdades. El azuzador de la conciencia. El genio demonial de la aventura.

Mi amigo es uno de ellos, los insaciables.

Le pregunto:

— ¿Por qué no defines tu camino? Tienes grandes aptitudes para triunfar pero te dispersas en muchas actividades; si no te concentras, no podrás realizarte.

El me ha respondido:

— Soy joven todavía, hay tiempo. Practico muchas disciplinas para conocerme mejor. Aún ignoro si me atraerán definitivamente la ciencia, la política, las finanzas, el arte, la industria, el comercio, la literatura. Llegará el tiempo en que veré claro y entonces tomaré mi decisión.

He insistido:

— ¿Pero qué es lo que buscas?

Y él ha dicho:

— Quiero ser famoso, que todos hablen de mí, que la fama me siga como la sombra al cuerpo. Como la cima más alta de una cordillera quiero salir sobre mis contemporáneos.

— ¿Y piensas que eso te hará feliz?

— No sé qué es la felicidad ni me importa; sólo sé que la constante actividad, la persecución de lo difícil me asedian.

Después hemos discutido largamente sobre el viejo asunto de si puede o no puede existir un talismán que todo lo pueda. El es un hombre práctico, ha negado su existencia y ha proferido sentencioso:

— La única llave que abre todas las puertas es la voluntad del hombre. Además no perderse en sueños siderales; yo aspiro al dominio del mundo conocido en cualesquier de sus sectores de actividad.

Mi amigo — otro de mis amigos en realidad — no quiere hablar del tema: el gran misterio, lo inasequible, lo portentoso lo irritan. El desea las cosas directas y domeñables, el mundo, nuestro mundo, no perderse en ansias metafísicas.

Cuando le hablo de esa transmutación de la Llave que Abre Todas las Puertas en un Diamante Negro, me mira compasivo; seguramente piensa que estoy loco. Y se evade hacia otros asuntos donde puede ejercitar su talento de dominador de las cosas concretas.

Este otro amigo es cordial, efusivo, me tiene afecto, me quiere "menos soñador y más práctico" — son sus palabras. Y no cesa en su propósito de convertirme a la clara realidad: no pelear con fantasmas, enfrentar al hombre de carne y hueso. Menos soñar, más afirmarse contra el mundo.

He pensado que tal vez mi amigo tiene razón: la voluntad lo puede todo. El gran político, el gran financiero, el grande artista ¿no dominan mundo y fama? Claro que todos pueden llegar a Napoleón, Rockefeller o Chaplin pero si seguir sus huellas. Y en todo caso quien mucho realizó no tuvo necesidad de talismanes porque todo lo debió a sí mismo.

Ahora que el horizonte del vencedor-práctico, aunque aparente grandioso, es en el fondo limitado: no puede salir del estrecho límite del mundo físico. Esta es su debilidad, es también su fuerza.

Pasaron muchos meses. No volví a soñar con seres misteriosos que se referían a la piedra preciosa que todo lo puede. Llegué a pensar que no existía, que se trataba sólo de una fantasía de mi mente, que era absurdo perseguir lo inaccesible.

Fué un tiempo de vacío real y espiritual. El que duda termina en negador. Estuve a punto de renunciar definitivamente a la gran búsqueda.

Y fué después de ese largo lapso desfalleciente que una noche volví a soñar con el encuentro mágico.

Un monje azul me miraba fijamente y apuntando con una fina varilla metálica señalaba extraños objetos de raras formas movibles.

Con voz profunda dijo:

— Cuando tu te acercas, ellas se alejan. Las persigues, te huyen. Pero nada puede impedir que prosigas avanzando hacia ellas.

Efectivamente: conforme me aproximaba a las raras formas en movimiento ellas se distanciaban. Pero las deseaba ardientemente y avanzaba hacia ellas, avanzaba...

El Monje Azul sonreía discreto:

— Quizás no llegues a tocarlas. No importa. Tu mismo, desdoblado, las animas, estás al otro extremo de tu acción, estás detrás de las formas que te huyen.

Y el gran globo de figuras confusas que tenía delante, surgió un rayo vivísimo que tocó mi mente con el conocimiento de la verdad inicial: por un segundo creí que me entregaban el secreto del universo. Alcancé la dicha que no se puede nombrar. Fué tan fugaz como una estrella que se hunde en el espacio.

Al despertar volví a creer que mi búsqueda no era inútil. Y que una sombra azulada me señalaba el nuevo camino a seguir.

21

En cierto modo la llave que abre todas las puertas es la llave que cierra todas las puertas: las de la voluntad. Y anulada la voluntad ¿no se anula también el hombre?

Imaginad al desdichado que consigue todo por obra de un talismán mágico. Desea la muerte de un enemigo: al punto deja de existir. Desea una mujer maravillosa: la tiene a sus pies. Desea la mayor fortuna del mundo: puede llenar una casa de oro, joyas y billetes. Desea transportarse por los aires: tan pronto está en Samarcanda como en las islas del Antártico. Desea visitar planetas: se verá en Venus o en Urano. Desea que desaparezca una ciudad y surja otra en el mismo sitio: la transformación se efectúa. Desea que el mundo sea aniquilado y sólo quede un pequeño país de pocas gentes: la catástrofe se produce.

Desea conocer los límites del Universo: llega donde nadie llegó ni con el pensamiento.

Todo cuanto piensa o se le antoje está a su alcance: es el Rey del Mundo y del Universo. Infinito poder, espantoso hastío. Ni el mundo terrestre ni el mundo sideral escapan a su poderío transfigurador. Es amo del todo, pero ese pasmoso Señor de los Deseos Satisfechos ¿qué acicate, qué metas, qué desafío, qué gozo por llegar tendría frente a sí? Ninguno. La acción le sería negada por la consecución instantánea de lo pensado.

Así el más poderoso vendría a ser el más débil porque despojado de todo esfuerzo pasaría a ser la simple tuerca de un engranaje que lo movería desde afuera.

Horrendo destino: no tener que ocuparse ni preocuparse por nada porque todo le está ya destinado de antemano. Acabaría en el hastío y la desesperación; el hastío de comprobar que todo se automatiza en la entrega inmediata, la desesperación de no poder salir del personaje de un inverosímil cuento de hadas.

Poderlo todo y al instante equivaldría a deshumanizar al hombre.

Porque nuestros deseos son la prueba de la hombría, y los más excitantes, los que mejor nos recompensan son justamente los más larga y más porfiadamente obtenidos. Satisfacer lo grande y lo mínimo es matar la voluntad, probanza del ser pensante madre de sana varonía, de toda realidad humana.

— No sabe el Buscador del Diamante Negro — dijo el filósofo — que marcha a su propia destrucción. Sin el poder de la acción, sin el hacer personal, vida y hombre desaparecerían. La ley de movimiento enaltece al ser; convertir su capacidad de lucha y de sacrificio en una máquina de emitir anhelos sería trocarlo en el ente más inútil de la creación.

— ¿Y si el poseedor del Diamante Negro en vez de aspirar a Rey del Universo, se contentara con ser el Rey del Mundo Terrestre?

— Las dimensiones de su accionar — o de la fuerza que manejaría su pensar — no cambian el proceso de aburrimiento. Después de las sorpresas de un primer tiempo, el monarca de los deseos satisfechos descendería a juguete de la máquina de los deseos.

Parecía lógico lo dialogado con el profesor de filosofía. Comprendo que el hastío podría resultar la meta final del devorador de propósitos imaginados, pero apesar de ello sigo pensando

27

que el sólo hecho de anhelar el talismán de las realizaciones, aunque no llegase a alcanzarlo ya es un poderoso acicate de vida, la meta esquiva que acrecienta el deseo de lograrla, ese impulso tremendo que nos convierte de hombres en semidioses.

Una noche, insomne, hice la prueba de imaginar que poseía la Llave que Abre Todas las Puertas, el Diamante Negro cuya luz sombría todo lo puede. Comencé a imaginar cosas sencillas y cosas disparatadas: todo sucedía a mi antojo, se efectuaba apenas pensado. Al principio sentía un júbilo indecible que me traspasaba de excitación. Conforme avanzaba en la petición de mis deseos, se iba apagando el entusiasmo inicial. Y después de una hora de imaginar cosas a nadie permitidas, comencé a sentir el cansando de ese pedir sin tregua.

Había otro problema: la responsabilidad que me cabra por ese construir, destruir y reconstruir mundos y seres. Porque no en van se usurpan las funciones creadoras de los dioses: tenemos que responder por nuestros actos y ese terrible poder aniquilador y re-creador que me confería el talismán, me hacía a la vez responsable por el destino de los seres y las cosas que destruía o inventaba con el solo poder de mi mente.

Cuando ya me aproximaba al límite donde reina el hastío, sentí que el miedo se apoderaba de mi alma: no quería hacer desaparecer mi viejo sueño, pretendía que el poder de transformar los deseos en realidad siguiera subsistiendo, me negaba a consentir que el hosco aburrimiento podía ser el resultado de un desapoderado ejercicio de la ambición que todo lo puede.

Entonces borré todo lo imaginado, desvanecí mundos, cosas, seres creados en mi pensamiento, alejé el Diamante Negro hasta una lejanía inconmensurable. La tranquilidad fué volviendo a mi espíritu. Creí comprender que el exceso de ambición pierde al hombre. Renuncié — esa noche — a mi búsqueda fatídica, ¿por que no es fatídica toda marcha hacia la grandeza del Señor, cuando se pretende emular con ella como le sucedió al solitario de Sils-Maria?

Toqué fondo en el desaliento. Mañana sería otro día. Renunciaría definitivamente al talismán que todo lo puede. Y me dormí al filo del alba sacudiendo afanes, ahuyentando sucesos imposibles, contento de saberme un ser normal confinado en su propio mundo razonable.

22

Era fácil penetrar al Laberinto, mas nadie regresaba de sus antros. En ese tiempo no existían sabios, técnicos, ni maquinarias capaces de explorarlo y analizarlo todo. El pueblo, supersticioso, atribuía a genios malignos la custodia del perverso territorio del cual nadie volvía.

Los reyes se sucedían unos a otros; ninguno se atrevía a enfrentar el enigma. Mientras los soberanos permanecían alejados de la zona vedada, todo andaba bien, pero cuando uno de ellos quiso acercarse al Laberinto, al punto estallaban epidemias, guerras, inundaciones, terremotos que desaparecían tan pronto el monarca se alejaba del sitio fatídico.

En la memoria de las generaciones quedó la monstruosa construcción natural como símbolo de lo prohibido. Los pocos audaces que intentaron violar su misterio pagaron con su vida el atrevimiento: jamás se les volvió a ver.

El Laberinto era, pues, algo inaccesible, algo fatal, hasta que llegó una época en la cual nadie osaba invadirlo. Durante muchas lunas su bocaza sombría no era avistada ni por los más audaces que se alejaban del sitio nefasto.

Transcurrió el tiempo. Ya nadie hablaba de la región prohibida a la que, de vez en cuando, los viejos se referían sigilosamente. Dos, tres generaciones más y su presencia fantasmal se borraría de la memoria de los hombres.

Pero un día llegó al reino un monje encapuchado, flaco, cetrino, que se negó a decir quien era ni de dónde venía. Apartando con la mano a los chicuelos curiosos se encaminó resueltamente hacia la zona del Laberinto seguido, al principio por la admiración de la gente, luego solitario porque nadie se atrevió a hacerle compañía hasta la región prohibida.

El rey, apiadado del monje prudente, le mandó decir si no requería de antorchas, de cuerdas, de algún arma para defenderse. El monje se limitó a contestar:

— Nada necesito. Dentro de setenta y siete días me volveréis a ver.

Y se hundió en el gran agujero negro con paso lento pero firme.

Al cabo de setenta y siete días por la bocaza sombría del antro reapareció el monje flaco, cetrino, encapuchado caminando con paso lento y firme.

Llegó a la ciudad y la gente se agolpaba a su paso: "¡Ha vuelto el monje, ha vuelto del laberinto, nos dirá que hay allí y cómo pudo romper su designio fatal."

Pero el monje callaba y cuando fué conducido a presencia del rey dijo gravemente:

— No puedo, no debo revelar lo que vi.

El soberano le regó que explicara, entonces, cómo pudo evitar su desaparición y volver a salir por donde había entrado.

— No tengo deseos ni pido nada — replicó el monje — y el desprovisto de pasiones puede pasear sobre el abismo.

Fueron inútiles ruegos y amenazas: el monje se negó a referir su experiencia. Y un día desapareció tan misteriosamente como habla llegado.

Algunos audaces que quisieron seguir su ejemplo nunca regresaron y el Laberinto recuperó su fama de tenebroso e inaccesible.

En el ánimo del Rey quedó sembrada la semilla de la gran aventura: ¿por qué no podría, él, intentar la hazaña del monje enigmático?

Durante un año vistió un sayal, nada pedía, comía y bebía lo que le daban, fatigaba su cuerpo, resistía al sueño, ahuyentó los deseos de su alma. Y cuando se creyó purificado por su corte la ascesis de una iniciación superior, seguido por su corte se dirigió al Laberinto. Se despidió de todos que lo vieron sumirse en la horrenda cavidad.

Caminó largamente por los oscuros corredores que iluminaba su antorcha, subió y bajó cortos escalones, perdió la cuenta de las vueltas y revueltas de su marcha, bordeó peligrosos precipicios, cruzó a la vera de lagos subterráneos, y el Laberinto se prolongaba, se prolongaba, no parecía tener fin... Al voltear un recodo se detuvo frente a una hendidura terrible del suelo: allí caían los desventurados que osaron violar el secreto del antro.

¿Qué habría detrás del abismo ante el cual se había detenido?

En el preciso instante en que se formulaba esta pregunta — el deseo implícito de conocer algo más — el suelo crujió bajo sus pies, se acentuó el olor a humedad y podredumbre vegetal y una voz surgida de muy hondo le dijo:

— Pudiste salvar, pero antes de tocar a la Esfinge dejaste que renaciera, en ti, el deseo inextinguible que conduce a la perdición. También adivinamos tu propósito, de volver al reino para contar a tus súbditos lo que viste. Y ello está prohibido.

El abismo se engulló al rey. Y el secreto del Laberinto quedó sellado para los mortales de todas las épocas.

Y así quedó demostrado que si un monje puede vencer del deseo inextinguible, el hombre común, aunque sea un Rey, jamás renunciará a la voluntad de saber y de poder que lo acompaña desde la cuna hasta el sepulcro.

Obsérvalos: son muchos. Por distintos caminos, por diversos procedimientos todos tienden al mismo fin: descubrir lo imposible. Porque si lo posible existe debe existir también su contraparte, lo imposible. Van contra toda lógica sin darse cuenta, porque si lo imposible fuese alcanzado dejaría de existir, se desvanecería la contraparte de lo posible, se rompería el equilibrio de mundo y mente. Pero ellos no piensan en lo absurdo de ir contra razón y armonía, sino sólo en lograr su objetivo. Y su objetivo sigue siendo el talismán inalcanzable que convertiría al hombre en dios otorgándole el poder de realizar todos sus deseos.

La gema maravillosa tiene que existir. Yace recóndita en el fondo del mar, en profundidades de la tierra, acaso semivelada en el aire o encubierta por el fuego primordial.

Unos buscan en los textos como si la experiencia ajena pudiese otorgarles lo que no les da su razón. Otros recurren al que culto iniciático revelador de misterios. Los hay que se sumergen en el océano onírico prieto de revelaciones. Ni faltan quienes buscan en el mundo concreto el mundo irreal. Tampoco faltan aquellos que estudiando al hombre piensan resolver el problema. Cuando me aproximo, yo narrador, al protagonista, al porfiado buscador e indago cómo van sus pesquisas, me responde:

— Caminan, caminan... No importa cuando llegue a mi meta, pero llegaré.

Lo sostiene la mística de los grandes descubridores — tantos se frustran poquísimos se realizan — y en sus ojos arde la llama del entusiasmo.

No es yo desfallezca pero a veces me asalta la duda. Si ellos, los buscadores y el protagonista de mi relato parecen arar en el mar porque nada serio, nada definitivo se desprende de sus porfías ¿como yo, el tejedor exterior, iba a desenvolver la madeja de los sueños?

Porque está claro que una cosa es colocar un gran objetivo en el aire, como una estrella radiosa, y otra muy distinta poder aproximarse a ella, sumergirse en su enigma y arrancarle su secreto. Cuanto más razono más me compadezco de mis criaturas ideales: las encamino hacia un destino infranqueable; en verdad jamás podrán convertir su anhelo en realidad.

Luego me llega el turno de increparme: ¡tonto! ¿Por qué acercarse al absurdo si hay tantas cosas bellas y fructíferas que nos aguardan en el curso de la existencia? ¿Por qué siempre andas buscando lo inaccesible, lo enigmático, lo escondido? Contaste tantas historias sensatas y posibles, aun imaginarias pero dentro de lo imaginable-possible, narraste sucesos alegres, tristes, ricos de ímpetu vital y de placentera poesía; entonces ¿por qué acudir a la pavorosa aventura de sueños inalcanzables? Tus buscadores, su protagonista central son figuras fantasmales que creaste para sostener el edificio vacilante de tu fe en lo maravilloso. Y no son ellos, no es él, eres tu mismo el verdadero buscador, él eterno insatisfecho, el que inventa logros desmedidos para ocupar largamente tu ansiedad de creación en novedad.

El buscador me ha reprochado:

— ¿Hacia dónde nos llevas? Es un vagar a oscuras. Ellos, los personajes secundarios pueden soportarlo porque no los presionas constantemente, pero yo, el personaje central, debo cargar con todo el peso de tu loco afán. ¿Acaso puede existir el talismán que todo lo puede?

Le he respondido contrito:

— Es posible que ande equivocado, pero no cesaré. Si te saqué del limbo de los personajes increados fué para darte un destino de riesgo, tal vez de sacrificio. ¿Qué importa que todo aparezca distante, confuso, aparentemente inalcanzable? Día llegará en que de alguna manera, aunque fuese de soslayo, lograremos el secreto de la Esfinge. Entonces tu gratitud, tu admiración hacia mí serán para siempre.

El Buscador me ha mirado con desconfianza. Puede ser que está cansado, puede ser que desconfié... Le doy una palmada en el hombro y lo exhorto a proseguir:

— Muchacho: no te desanimes. Mañana avanzaremos un tramo más en nuestra andadura.

El Buscador me ha contemplado con un mirar en el cual he leído su deseo de quebrar la prisión de mi voluntad y desvanecerse para no volver.

24

Ya no tengo sueños reveladores ni he vuelto a ver al Monje Azul.

Como los tesoros escondidos a veces se me ocurre pensar que la Llave Que Abre Todas Las Puertas es una ilusión de mi mente: no existe, no puede existir. Y menos, todavía, ese Diamante Negro que por transposición del instrumento a la gema guarda todas las claves del poder.

Me he preguntado: ¿por qué en un tiempo cuajado da tensiones y problemas, cuando podrías dedicarte a tantas cosas nobles y útiles te aferras a un hallazgo imposible?

Y me he dado yo mismo la respuesta:

— No es imposible. Hubo en tiempos lejanísimos seres que vieron y tuvieron el instrumento mágico, ya pensado, ya encontrado en el curso de los evos. Basta que un hombre haya pensado, aunque sea una sola vez, una idea, para que ella y su posible materialización subsistan aunque sólo fuese potencialmente.

No hay mas pudieron haber poseedores de talismanes todo-lo- puedo.

Y aunque no es probable la magia del eterno retorno, quizás algún afortunado podría revivir el portento.

Confiado en mis poderes de concentración mental y en mis largas prácticas de yoguismo, una mañana me fuí al parquecito del Montículo y empecé un experimento.

Me senté en un banco. Era muy temprano y el recinto se hallaba vacío de gente. Quise ver una mariposa y al punto la delicada figurilla abermellonada apareció en el suelo. ¿Casualidad? Luego pensé que la arboleda se moviese aunque no soplaban ni la brisa: los árboles se movieron majestuosamente. Pedí que brotara el agua de la fuente de Neptuno y sin que nadie las moviera las llaves del conducto el agua brotó de las bocas de caballos y tritones. Me fué invadiendo un gozo; repentino: mis deseos se cumplían. Aun atiné a desear que una jovencita en bicicleta apareciera en el parquecito y la jovencita pasó con la melena al viento en una bicicleta roja. Más asustado que sorprendido seguí pidiendo sucesos que se cumplían instantáneamente. Entonces la soberbia me cegó: ¡ya era el Rey del Mundo!

En un raptó de audacia pedí ser transportado súbitamente a la cumbre norte del "Illimani" tempestuoso. Apenas formulado mi deseo sentí como una descarga eléctrica que amenazaba desintegrarme. Me invadió el pánico. Cerré los ojos instintivamente y al abrirlos me ví solo en el parquecito tranquilo.

Todavía sigo dudando: ¿fué una experiencia real o sólo se trató de imaginaciones, ese soñar despierto que suele acaecer a los que mucho buscan?

También pudo ocurrir que se me dió la oportunidad de alcanzar algunos deseos, pero cuando me alcé a la estatura de lo inaccesible el Poder Oculto se enfureció y me redujo a la miserable condición humana.

Lo extraño fué que al abandonar el parquecito sorprendí un vivísimo destello en el suelo: parecía un diamante que despedía fulgores de un negro azulado. Me acerqué a recogerlo y el diamante y sus luces se extinguieron: no había nada.

He llegado a pensar que no soy yo el que asedia al talismán portentoso, sino el portentoso talismán el que me persigue a mí.

El escritor está pensativo: nada contento. Avizora su larga carrera de hombre de letras, evoca sus libros desde el primero hasta el último que creyó sería la cumbre, tantos y tan bien logrados, ensayando casi todos los géneros, cosechando aplausos, premios, críticas elogiosas sin que faltaran algunas negativas para redondear su producción literaria.

No ha llegado al "best-sellerismo" ni al gran público porque no escribe para la audiencia masiva que exige escándalo y lenguaje torturado, pero se sabe seguro de su destino: ha llegado con un mensaje de verdad y de belleza. Algunos de sus libros quedarán. Y esto basta, o debería bastar. Pero no es así: en el fondo de su espíritu se agitan la duda y el desencanto. Todo lo producido le insatisface, aun aquello que el momento de nacer le produjo intenso gozo.

El habría dado toda su colección de libros por una sola obra maestra como los "Trabajos de Amor Perdidos", "Hyperion", "Pentesilear" La Princesa de Cléves", "Enrique de Offerdingen". "Retrato en un Espejo", "El Desierto de los Tártaros", "Del Tiempo y del Río", "La Ballena Blanca" o "La Guerra y la Paz." Un solo libro mayúsculo capaz de imantar las generaciones.

Carácter crítico, de vasta cultura, podía medir su obra con las ajenas y aunque advertía el valor de algunas de sus obras, no reconocía en ninguna esa alta jerarquía intelectual, de fondo y forma, que confiere efímera inmortalidad a los libros.

¿Qué buscaba en realidad?

Ese toque mágico, ese rayo deslumbrante que bautiza a una obra para siempre. Ese poder de atracción que graba en las mentes de los lectores nombre y renombre de un autor. Ese algo que supera los premios y recompensas fugaces porque su mérito es interno, excede las manifestaciones exteriores.

Imaginaba temas, protagonistas, sucesos. Soñaba con maravillosas construcciones ideales que deberían provocar llanto, risa y admiración. Razonaba que todos sus libros, aun siendo buenos, no alcanzaban esa plenitud de continente y contenido que confiere el hallazgo de una idea sublime.

Impetró a Dios pero Dios sólo da el talento y los hallazgos creadores los deja al esfuerzo del individuo. Apeló a las Musas y ellas respondieron burlonas: "¡sigue buscando!" Pidió a su pensamiento que imaginara algo grandioso capaz de emular con las mayores creaciones literarias, y su pensamiento, cansado de tanto concebir, se resistía a la suprema originalidad de una arquitectura nueva.

¿Qué era, finalmente la inspiración? Porque la inspiración existía, sin duda alguna, la conocía, había experimentado cien veces su poder jubiloso. Mas ahora la inspiración no acudía, se negaba a regresar... La chispa de luz que engendra las grandes edificaciones ideales huía, huía como una estrella fugaz que se hunde en el espacio sideral.

No era viejo aunque sí de avanzada madurez. Creía poder, todavía, dedicar algunos años a la elaboración de una obra señera. Creía, pero no alcanzaba a realizarlo.

El drama del escritor agotado, que ya nada tiene que decir, fué olvidado por el Dante. Mas la tragedia del que pretende medirse con los mejores sin conseguirlo es aun mayor.

¿Por qué a un perfumista ciego le fué concedido componer "El Lenguaje de los Pájaros" ese "Mantic-Uttair" aun no traducido al castellano?

¿Y por qué no podría, él, escritor avezado en todos los recursos del arte literaria componer una historia tan admirable como la de los Treinta Pájaros que salieron a la búsqueda de Simourgh el ave fabulosa, ignorando que ellos mismos eran el Simourgh?

En un raptó de cólera el escritor retó a los poderes ocultos: entregaría los años de vida que aun le quedaban si se le permitía escribir una historia maravillosa capaz de emular con los relatos más estupendos de la humanidad.

Su reto fué aceptado. El escritor compuso El Libro de la Vida y de la Muerte, portento metafísico y lírico a la vez. Pero nadie llegó a leerlo porque no estaba estipulada su difusión en el mundo de los lectores.

El escritor fué enterrado y olvidado. Su libro excepcional existe aunque nadie lo conoce. Dentro de quinientos años otro buscador de verdades que no buscará la fama ni el poder, lo encontrará.

27

He tropezado con la extraña historia de la reina Balkiss y el mago Adoniram, acontecida en la corte de Salomón cuando ya el gran monarca declinaba por el peso de los años. Historia finamente urdida — recogida — por Gerardo de Nerval, de labios de un narrador turco.

Según ella la reina de Saba y el mago-sacerdote se amaron a espaldas de Salomón y huyeron en la profundidad de la noche para escapar a su venganza porque también el cantor de la Sulami ta deseaba a la hermosa Balkiss.

Repetí la historia a un rapsoda persa y éste sonrió melancólicamente al escucharla.

— No ha sido así — dijo. La reina y el mago se amaron sin llegar a consumir su amor. Los narradores turcos llevados de su genio poético han distorsionado el suceso, que ocurrió en forma muy distinta.

Le rogué que me contara la que a su juicio sería la verdadera historia de Balkiss y Adoniram, pero el rapsoda se negó:

Es mejor que circule la leyenda del amor feliz. El verdadero relato, dramático por cierto, te llenaría de pesadumbre.

Como yo le respondiera que ya había bebido el vino ácido de los pesares en Ferdusi y en Attar, en Saadi y en Khayyam, accedió a darme su versión.

"Cuando la Reina y el Mago se encontraron por primera vez en la corte de Salomón, ambos frisaban en la flor de la edad: andaban por las tres décadas. Nada delató el hondo estremecimiento que los conmovió porque la majestad inalterada de la Reina y la severa majestad del Mago no dejaron traslucir su emoción."

"Aunque la sabiduría de Salomón y el esplendor de su corte parecían apagar todo brillo, lo cierto es que la hermosura de Balkiss y el porte austero del Mago atraían las miradas: ella imantando la imaginación de los hombres, él conmoviendo los corazones femeninos. Se diría dos estrellas rutilantes ante el Sol Negro de la ancianidad declinante."

"La soberana de Saba visitaba a Salomón para rendirle pleitesía y lograr que lejos de conquistar su reino, lo aceptase como un voluntario tributo a su grandeza. En su fastuosa comitiva traía suntuosos regalos. El rey de reyes la acogió gentilmente y como en sus venas ardía aún el fuego del deseo quedó prendado de su belleza. Discutió con ella sobre temas trascendentales quedando sorprendido por su fina inteligencia, con lo cual se acrecentó el propósito de hacerse amar por su regia visitante."

"Inútil subrayar que las concesiones políticas siguieron al trato personal. Salomón respetaba y admiraba a Balkiss sin atreverse a requerirla de amores, pero la vigilaba celosamente pues en su corte existían muchos dignatarios jóvenes, bellos y atractivos. De Adoniram no recelaba porque apenas irrumpía en la corte y lo sabía sumergido en sus actividades de mago sacerdote."

"Si el propósito político parecía ser la razón del viaje de la reina de Saba, el estudio y la meditación ocupaban el tiempo de Adoniram. Se creería que no tendrían ocasión de encontrarse."

"Pero ocurrió una hambruna en cierta región del país salomónico y el monarca llamó al mago para que predijera cuando volverían las lluvias. Fué así cómo Adoniram pudo contemplar .furtivamente a Balkiss pues Salomón la tenía colocada a su diestra para que admirase la forma cómo gobernaba, administraba justicia y enfrentaba los problemas de Estado."

"Al principio parecía que no reparaban el uno en la otra, sino fugazmente, pero cuando Salomón tuvo que abandonar momentáneamente el trono requerido por un asunto de urgencia, la soberana de Saba alzó la frente y mirando atrevidamente al mago-sacerdote le reveló el interés que su persona despertaba en ella. Adoniram, como fulminado por el rayo quedó desde ese instante cautivo de sus encantos. Creyeron comprender que una fuerza secreta, poderosa, los unía para siempre."

"Sus imágenes, recíprocas, se grabaron en sus mentes. La reina olvidada de sus deberes políticos, el mago sintiéndose débil, por primera vez, despojado de sus atributos de adivinación y profecía. Se amaron desde el primer choque visual."

"Se vieron pocas veces porque la reina siempre estaba rodeada de sus damas y dignatarios de la corte y de su séquito, y porque el mago, alejado del bullicio cortesano vivía retirado. No obstante, empleando sus poderes ocultos Adoniram deseó ardientemente ver a la reina y una noche en que la luna niquelaba el paisaje, dormidos todos incluso el grande Salomón Balkiss y el mago-Sacerdote se encontraron en un bosquecillo próximo al Palacio Real."

"Jamás vieran los ojos de Adoniram mujer tan hermosa ni de tan elevada majestad: lucía como el Astro Naciente encendiendo de alegría el mundo. También la soberana admiró en el mago al hombre más apuesto, de grave continente, que habría querido tener de compañero en Saba."

"Sumidos en el encantamiento de la mutua atracción quedaron un tiempo sin poder proferir palabra: se amaban hondamente. Por fin Balkiss rompió el hechizo diciendo: "Sois un ser extraño: ¿por qué no habitáis en la corte, por qué ese tinte de melancolía oscurece vuestra frente?" Adoniram la miró con tristeza al responder: "La mucha sabiduría apaga el contentamiento del corazón." Entonces la reina insistió: "Me agradaría que me acompañaseis a mi reino; tendréis plena libertad para vivir como elijáis." El mago-sacerdote contestó lentamente como si pensara las palabras que fluían de sus labios: "Quisiera complaceros, mas no puedo; estoy destinado. El sacerdocio y la magia me tienen cautivo." Balkiss lo miró apenada: "También yo estoy destinada — replicó — mi patria me impone acatamiento a Salomón y evitar el homenaje de otros hombres."

"Quedaron nuevamente en silencio. Luego la soberana con pesadumbre dijo al mago-sacerdote: "No volveremos a vernos mas la herida que me causáis no cerrará nunca." Adoniram repuso con quedo amargura: "Más herido quedo yo que vos. Así tenía que ser."

"¿Cómo se enteró Salomón del encuentro? Estalló en furia al saberlo. Declaró rotos los pactos políticos con la reina de Saba y despojando al mago-sacerdote de sus atributos ordenó que fuese lapidado. "Majestad — dijo Adoniram al conocer la cruel sentencia — acepto vuestro designio, pero hago constar que la virtud de la Reina está intacta. No hablamos de amor."

"Haciendo callar al tropel de sus sentidos el gran rey rectificó sus medidas y con sagacidad devolvió su confianza a Balkiss y restituyó su dignidad al mago-sacerdote ordenándole no poner pie en la corte mientras estuviese en ella Balkiss. Pero el monarca era desconfiado y sometió a estrecha vigilancia a los dos personajes."

"Pasaron días, semanas de acerbo dolor para los amantes sin serlo. El áspid de la separación les quemaba la sangre. Y el distanciamiento, lejos de apagar el deseo de verse acrecía su desesperación. La reina, en los escasos instantes que se veía sola, se abandonaba al dolor. El mago-sacerdote turbado en su antiguo poder sentíase como un niño extraviado en el bosque."

"Lo que padecieron Balkiss y Adoniram no ha sido narrado por pluma alguna. Una sola vez juntos, sin haberse tocado, separados para siempre y para siempre eternamente unidos ¿no es el suplicio mayor?"

"Adoniram obedeció la real orden: no asomó a la corte, dejó de ver a la Reina. Ella a su vez, con pasmoso dominio de sus nervios, no dejó traslucir el pesar que la embargaba. Aunque el gran monarca no se atrevía a expresarle su amor, trataba sutilmente las cuestiones políticas y evitaba toda intimidad."

"La víspera de la partida de la Reina a su país, el mago-sacerdote, recurriendo a sus artes ocultas, visitó en forma espectral a Balkiss: era más un cuerpo irreal que una osatura sólida. Se diría que flotaba en el aire. Pero la voz era la misma, el porte austero, la mirada henchida de tristeza. "Majestad — díjole — he venido a despedirme." La Reina lo miró asombrada. "Lo presentía." Luego, temblorosa, prosiguió: "Bien sabéis que no debo referirme a la pena que me consume. Si huyera con vos la venganza de Salomón aniquilaría mi reino." Adoniram, conmovido, respondió: "Tampoco yo soy dueño de mi destino, estoy destinado a la última etapa de la iniciación, debo mantenerme casto."

"La Soberana hizo un ademán para acercarse al Mago y éste advirtió: "No me toquéis porque me desvanecería al instante. Estoy solo en proyección mental."

"Permanecieron algunos minutos contemplándose con mutuo ardor. Dicen que ellos vivieron una eternidad amorosa sin consumarla físicamente."

El rapsoda persa hizo una pausa. Luego continuó:

"Los antiguos sabían que el amor imposible es el más bello y sentido de los amores. Balkiss y Adoniram no volvieron a verse, pero se amaron en el recuerdo hasta que la Separadora de los Amigos cerró sus ojos. Cada cien años regresan encarnados en nuevos amantes que también, como ellos, no llegan a consumir su amor. Y es un misterio que a pesar de su distanciamiento y su dolor son más dichosos que aquellos que agotaron las fuentes del placer."

— ¿Entonces la historia que narra Gerardo de Nerval no es cierta? — le pregunté dudoso.

— Toda historia verdadera tiene dos caras: la real y la posible. Define tu cual pertenece al narrador turco y cual al rapsoda persa.

28

En verdad: no pueden existir el punto que contiene a todos los puntos. Ni la flor azul irradiante de Novalis. Ni la Llave que abre Todas las Puertas. Ni el ave Simourgh del perfumista Attar. Ni el Circulo Mágico de Sen-Li-Fo. Ni el Diamante Negro del soñador del Ande. Ni el Talismán Triangular que acerca y distancia los tiempos. Ni las reencarnaciones de Pitágoras. Ni el Filtro de las Transformaciones de Abbad-Idunn-Mahari. Ni la Piedra Filosofal de Paracelso. Ni las Palabras Arcanas de Apu-Willka que confieren la eterna juventud.

Se trata sólo de conceptos irreales, imaginaciones, metas inasequibles de la mente con las cuales se ensancha al infinito el poder creador del hombre. ¡Imaginad, imaginad! Todo está al alcance de la mano si el ojo visualiza lo imposible y el pensamiento ahonda en el vértigo de las ideas.

Pero lo cierto es que los mayores sueños de la imaginación jamás se materializan. Pasan solamente y se desvanecen como pájaros errantes.

Inventamos la divinidad, la razón, la lógica, el mundo de lo real y lo objetivo, la severa prisión de los conceptos demostrables para escapar al terror cósmico, al espoleo de la nada que aguarda a las vidas.

El existencialismo siempre hubo aunque no en forma sistematizada como ahora. El hombre es uno, la vida única, nada vuelve, nada se repite. Arcanos indescifrables nacimiento, hombre, muerte. Y el pensar y el sentir ávidos monstruos insaciables.

Atente a lo que eres y al mundo que te circunda: esa es la ley. Aléjate de las fantasías que desquician.

35

Un ser razonable, una mente científica, una inteligencia guiada por la demostración y por la lógica. Esa es la verdad.

Pero la Llave que Abre las Puertas del Sueño nos conduce a una estancia solitaria donde sobre una peana de cristal purísimo un Diamante Negro con sus rayos sombríos llama y llama...

29

Me hice la siguiente reflexión: el universo está construido sobre dualidades inexorables. Como el día se opone a la noche, la vida a la muerte, el placer al mi dolor, así también lo posible se contrapone a lo imposible. Pretender que lo imposible se convierta en posible equivaldría a desquiciar la ley universal de los contrarios.

Refutación de lo anterior. Muchas veces el poder de la inteligencia y de la voluntad del hombre logra convertir lo que parecía irrealizable en efectivo. Ejemplo: el hombre no fué creado para surcar los espacios siderales, no obstante llegó a la Luna y aunque sea en mínimo sector ha de navegar hacia los astros. Entonces lo imposible se convierte en posible.

Es verdad que en ciertas situaciones la mente humana vence de lo que aparentaba imposible y lo transforma en concreta realidad. Son casos aislados en los cuales una fuerza polar pasa a trocarse en su contraria. Nada más. Pero la gran norma general sigue en pie: el cosmos continua dividido entre posible e imposible.

Soñar en un talismán que todo lo puede, hasta destruir y reconstruir universos, sería romper la estructura fundamental de la creación. Digamos que Dios o el Ultimo Poder Secreto de la Energía puede hacerlo, pero en la pequeña órbita de lo humano lo posible tiene un límite y otro lo imposible.

He pensado que de soñar puedo soñar libremente: esa llave mágica que todo lo puede existe en mi imaginación. Buscarla en la realidad cotidiana es una quimera. Es inalcanzable.

Mas si dejara de pensar en alcanzar lo inasequible, mi búsqueda carecería de sentido. Precisamente, lo que la avalora y peralta en grado extremo es ese grado de inaccesibilidad que la rodea. Buscar lo más lejano, lo más difícil, lo más oscuro: es el supremo acicate del pensamiento. Luego, si amo lo inconcreto estoy trascendiendo el universo físico, volatilizo sus pavesas de energía, camino por donde nadie caminó jamás.

¿Qué importa si llego o no llego a realizar mi sueño?

Lo esencial es hacer camino, seguir buscando, desear tan ardientemente el objeto buscado hasta que del aire de las meditaciones brote la nueva verdad.

Podría ser que un día de días al lindar éste con la tarde tranquila, fulja en el aire como una estrella diáfana esa Llave Todopoderosa largamente perseguida. Podría ser...

He pensado, asimismo, que la Naturaleza tiene el poder de cambiarlo todo a través de los evos, en lentísimas etapas de transformación que el hombre no percibe directamente pero puede reconocer por el estudio de las capas geológicas. En cierto modo ella muda lo imposible en posible.

Una super-mente de intensidad galáctica podría proyectarse en el tiempo desmesurado del acaecer cósmico. No existe, pero podría existir. Entonces el buscador habría encontrado el poder oculto para jugar con la baraja de los hechos.

Estoy divagando, estoy lleno de perplejidades. Lo que debo hacer es desvincularme del proceso cósmico y razonar sólo en términos humanos. Cosa aparte el universo; pensar únicamente en el dominio del mundo terrestre y sus fenómenos.

Todo aquello que señorean los sentidos: ese es el reino de las posibilidades finitas del ser.

Tal vez meditar más en niño que en hombre. Si la varita del Hada todo lo puede con un simple toque alado, la mente infantil diestra en imaginaciones puede dormirse con el Ángel de la Bola de Oro sentado en su almohada. Aunque no exista.

— ¿Crees que estoy loco? — he preguntado al nuevo amigo a quien confié parte de mis inquietudes.

— No lo creo — me respondió. Eres sólo el obsesionado por una idea fija que te hace dichoso y te martiriza al mismo tiempo.

— ¿ Me aconsejarías abandonar la aventura?

— Al contrario: sigue soñando. En un mundo donde todos corren presurosos a la pesquisa del bienestar material, está bien que algunos sueñen despojados de dominio inmediato.

Me pareció escuchar una risa lejana, como si, la Llave Que Abre Todas Las Puertas se burlase de mis reflexiones y mis cuitas. "Espera, condenada — pensé. Un día nos encontraremos y serás humillada en tu altivez de hierro."

30

Soñé que me hallaba en una estancia solitaria. Habla dos mesas a mis flancos: en una yacía una llave de plata bruñida, semejante a todas las llaves pero ésta parecía palpitar; en la otra una piedra negra emitía fulgores sombríos.

Quedé vacilante: ¿cuál de los dos objetos cogería? Porque una fuerza interior me impelía: "decídate, toma una de ellas. " Estuve indeciso largo rato pues se me ocurría que eligiendo a la una pronto añoraría a la otra. Vacilaba.

Y aun en medio del sueño conservaba la lucidez mental para recordar que un personaje misterioso me tenía dicho: "La Llave Que Abre Todas Las Puertas es en realidad un Diamante Negro." ¿Cómo podía ser? Lo que es uno no puede ser otro. Ni es admisible que un objeto se transforme en otro abandonando su primitiva consistencia. Esto es esto y aquello aquello: la lógica no permite permutaciones ni sustituciones evaporando sustancias tangibles. En el sueño yo creía en el diamante y en la llave y desesperaba por decidirme entre escoger uno u otra.

Una brusca corriente eléctrica sacudió todo mi ser. Comencé a sentir como una lava interior que me fundía en otro ser incomprendible, mis piernas y mis brazos se alongaban en un sólido compacto que terminaba en unas ranuras cortadas. A su vez mi corazón y mi cerebro color de azabache, emitan rayos de felicidad que me estremecían todo. Comprendí que me estaba transformando en una Llave y una piedra negra, simultáneamente. Impedido de todo movimiento, paralizados mis miembros, avanzaba hacia la piedra y el metal...

Desperté sudoroso, asustado.

Fué entonces que encontré nuevamente al Monje Azul. Quedó mucho tiempo inmóvil, en silencio, como sumido en éxtasis interior. Comprendí que no quería hablarme.

De tiempo en tiempo me miraba con tristeza. Atizaba la hoguera y sus manos venerables trazaban extraños signos en el aire. Se levantó, dibujó tres círculos concéntricos en la arena, y al centro del más pequeño un triángulo equilátero. Se colocó al centro mismo de las figuras geométricas y luego lentamente, lentamente su figura se fué esfumando en el aire caliente que se desprendía de la hoguera.

El pánico me dominó porque en este caso ya no se trataba de un sueño sino de una flagrante realidad: yo ví desaparecer al Monje Azul y esfumarse en el aire.

¿Qué relación podía existir entre mi descabellado sueño y la operación de magia consumada ante mis ojos?

37

Que en el proceso onírico yo me hubiese convertido en algo pétreo y ferruginoso, podría admitirse porque el sueño altera todas las leyes físicas, pero la desaparición real del mago me sumió en profundo desconcierto. Dime a pensar en el extraño suceso: ¿por qué tres círculos concéntricos, por qué los tres lados del triángulo equilátero? Un raro presentimiento me conmovió: ¿o sería que la doble presencia del número tres significaba que llave, diamante y yo constituíamos una secreta unidad indisoluble?

Me sentí más amarrado, más prisionero que cualquier mortal. Ya las cosas y hechos del mundo exterior perdían toda importancia: sólo contaba mi lidia con esas dos materias inmóviles-dinámicas que me acosaban sin descanso. Y fuese un puro deseo o una realidad mental próxima a materializarse, mi elaborar ideativo era a un tiempo origen y víctima del terrible proceso indagador.

Es fácil volverse loco cuando uno se aparta del mundo conocido y se afana por explorar las áreas enigmáticas de un Más Allá líquido y gaseoso, siempre fluyente.

Ya no pude apartar de la imaginación el sueño que me petrificaba en dos objetos ambivalentes ni el encuentro con el Monje Azul: los volvía a soñar o los revivía despierto sintiendo la proximidad pavorosa de su asedio.

"Me dejaré de fantasías — me prometí — dejaré de pensar en ambos sucesos que estando tan apartados parecían estar unidos estrechamente. Dejaré de recordarlos."

Pero siempre sentía, veía o vislumbraba una Llave rarísima, un Diamante Negro y un Monje Azul confinados dentro de un triángulo equilátero que misteriosamente adquiriría la inicial de mi nombre: F.

31

Hoy me sentí avergonzado: busco un talismán inaccesible ¿para qué? ¿Para tener poder, por realizar un sueño poético, por un simple afán de aventura, para encimarme sobre todos los hombres?

Leyendo los cables y noticias del mundo es para horrorizarse: millones de seres mueren por la violencia anualmente, millones de niños perecen de hambre, cientos de millones viven desnutridos o viven mal, la amenaza de guerra nuclear pende sobre el planeta y la carrera armamentista no tiene límite. ¿Dónde vamos?

He sentido el deseo de ser como el poeta de las Odas Elementales que canta a los seres más humildes y a las mínimas cosas. Que no sueña con estrellas porque está sumido en la terrible realidad del mundo. Que olvida la estética por la ética social.

Si pudiéramos ser discípulos de Jesucristo... Si en vez de buscar la belleza persiguiéramos la verdad... Si en vez de ufanarnos con el sueño propio nos sumiéramos en la desdicha ajena... Si en lugar de perseguir lo extraordinario sirviéramos a lo humilde y lo ordinario... Si antes de empeñarnos en nuestros propios intereses nos dedicáramos al bienestar del prójimo...

Sería admirable pero no todos pueden llegar donde llegaron el Pobrecillo de Asis y el Hombre de Lambarené.

El soñador que se alza a las estrellas ¿no será el gran egoísta que se encarama sobre el mundo?

¿Por qué buscar talismanes que nos convertirían en magos prodigiosos, si no es lo excepcional sino al contrario lo común y corriente bien enderezado lo que requiere la humanidad?

Para un sentir ético más vale el modesto servidor de los hombres que el más encumbrado dictador.

He reflexionado si no sería más noble, más positivo, más humano abandonar la empresa de perseguir imposibles para afrontar la dura y posible realidad.

38

¿Acaso el amor, la bondad, el desinterés, la generosidad, el bien común no son las verdaderas llaves que abren las puertas de la felicidad?

He resuelto abandonar mi loca empresa: si existen talismanes que invierten el orden natural de las cosas y transforman al hombre en dominador de la materia, que sigan escondidos: algún día se revelarán a otros.

Volverá a ser la persona tranquila, moderada, de horizontes limitados. Me someteré al juego lógico de lo posible y lo razonable. Me contentaré con ser un varón digno, renunciando al imperio del poder, ese poder sobrenatural que acosa a los ávidos ambiciosos y a los insaciables soñadores.

Adiós llaves y diamantes largamente deseados. Abandono la búsqueda. Seré otra vez un hijo del Cristo, me alejaré de las tentaciones de Luzbel.

Después de muchos meses tuve un sueño reparador, sin interrupciones, sin pesadillas. Bogaba, bogaba en un lago de esmeralda de superficie especular, nítido y sereno. Era dichoso.

Pero al despertar sentí un vacío desolador. Algo me faltaba.

32

Amaba lo sobrenatural pero nunca había experimentado nada que se aproximara a ello. Las sesiones de espiritismo se le antojaban pueriles, llenas de trucos, de conocimientos previos, de flujos magnéticos de los cuerpos: nada extraordinario. Era, en verdad, un escéptico que presentía un otro mundo del que jamás alcanzó evidencia.

Una tarde vagando por las calles de la ciudad, tropezó con el amigo Sócrates:

— Ven — díjole éste — vamos a visitar a Denia, es una mujer extraordinaria que te hará ver lo que tanto ansias.

Más por complacer al amigo que por creer en sus palabras, Ramiro Folkes se dejó llevar.

Entraron a una casa de tres pisos; en el tercero en un departamento amplio fueron recibidos por Denia. Era un living ni de lujo ni muy modesto. Nada de mesitas de tres patas, de bolas de cristal, de paños fúnebres, ni de sombras sospechosas. La luz de la tarde entraba a raudales por el ventanal. Se trataba de una estancia común semejante a miles de estancias de igual apariencia. "Vaya — se dijo Ramiro Folkes — todo se reducirá a conversar y conversar... Vaya experiencia."

Tampoco Denia ofrecía nada de particular. Ni hermosa ni arrogante, mas bien delgada vestía un poco a la antigua y su cara de rasgos comunes no captaba el interés del visitante. Los ojos de color marrón no tenían nada de llamativo: difundían un mirar apacible, sin ese rayo de dominio que distingue a los magos y adivinas.

— Siéntense — dijo la mujer — y callen. Silencio es lo único que les pido.

Se arrellanaron en sendos sillones. Denia no se movía, ni siquiera las manos. Tenía los ojos entrecerrados y parecía musitar una oración o un conjuro. Nada excepcional. Pasaron algunos minutos. Folkes ya se iba aburriendo por la inacción cuando bruscamente sin que nadie ni nada lo hubiera anunciado se dibujó en el aire una gran burbuja aérea. No era una bola, un globo sino simplemente una burbuja de sutil transparencia que dejaba ver nítidamente todo lo que acontecía en su interior.

Al principio Ramiro Folkes no pudo disimular un gesto burlón: se trataba de una ilusión, un espejismo, acaso una proyección mental de la mujer. Juego infantil. Pero la burbuja de aire se le aproximó lentamente hasta revelar su interior en sus mínimos detalles. Era todo un mundo de cosas, cuerpos, volúmenes, animales, personas, líneas y colores entrecruzados en singular confusión. Tan pronto escuadrones de listones de madera, tan pronto cristalinas figuras de cuarzo.

39

Surgiendo todo como de un cono volcánico sin piedras, sin lava, sin fuego. Un mundo tan rico de presencias inverosímiles, de sucesos extraños, de condensación de la materia que infinitamente dividida no se comprendía cómo podía contenerse en el reducido espacio de la burbuja de aire.

El hombre contemplaba fijamente, fijamente, cada vez más sorprendido del espectáculo: jamás viera tantísimas cosas en espacio tan reducido. Porque todo se movía dentro de un desorden, mágico que obedecía a un ritmo escondido. Habían guerras, tumultos, movimientos impetuosos de seres y cosas que unos entrecuchando unos contra otros no se destruían sino más se fundían unos en otros sin perder la propia identidad.

Ramiro Folkes creyó haber retornado a la infancia: era un niño frente a una colosal juguetería. Miró a su lado: Sócrates se veía absorto en la contemplación de la burbuja de aire. Al otro extremo Denia inmóvil, silenciosa, mantenía los ojos entrecerrados sin que el menor indicio indicara que tenía parte en el fenómeno visual.

"Es un fenómeno de hipnosis — pensó el hombre — nos está infundiendo poderosas corrientes mentales que nos hacen ver lo inexistente. Puro juego de la imaginación."

Pero la burbuja de aire se aproximó más aún y del laberinto de seres y de cosas se destacó una serpiente de gruesa longitud y cabeza repugnante. Se acercó casi hasta rozarle el rostro, mas una voz interior le previno: "no temas, no puede romper el límite aéreo de su prisión." La serpiente lamió el muro de aire que la separaba de Ramiro Folkes y se fué enroscando lentamente hasta reducirse en tamaño y figura y perderse en el mundo agitado de la burbuja de aire.

¡Cosas increíbles las que pasaban en su interior! Luchas, explosiones, ordenamientos apresurados. Una mezcla confusa de plantas, animales, seres y objetos extrañísimos. No se podía comprender cómo dentro de espacio tan reducido y de tamaña confusión cada mínima individualidad se desplazaba con vida propia. Pero era así: como acercarse al infierno del interior de un átomo con los movimientos vertiginosos de sus infinitas partículas siempre aceleradas.

Ramiro Folkes se indignó contra si mismo: era víctima de un espejismo visual inducido por Denia. Cada cosa, cada ser de la burbuja de aire parecía responderle: "no es así, no es ilusión, no es divagación mental, no es extravío óptico. Todos y cada uno de nosotros existimos, somos tan reales como lo eres tu mismo. Sigue mirando."

Y el hombre, aterrado, segura como imantado a la burbuja de aire sin poder discernir por qué en tan pequeño ámbito, podían ocurrir tantísimos sucesos. Unas ciudades se derrumbaban envueltas en olas de fuego, otras surgían del fondo del mar. Y las muchedumbres eran tantas que no podían contarse apesar de estar agrupadas en aglomeraciones separadas. ¿Acaso la historia del mundo si se desplegara en conjunto no equivaldría al embrujo de la burbuja de aire?

Ramiro Folkes apartó su mirada de la burbuja de aire y contemplando a la mujer inmóvil pensó: "Podrás crear estos mundos increíbles de visiones irreales, mas no podrás leer en mi mente. Mi fuerte voluntad resistirá todas tus acometidas. Y en voz alta profirió:

— Denia: dígame en qué estoy pensando.

La mujer contestó. Se le movieron imperceptiblemente los rasgos faciales, apretó los labios, los ojos se entreabrieron para volverse a entrecerrar. Pero no habló. Ramiro repitió su pregunta dos veces más sin obtener respuesta. Sócrates miraba la escena en silencio.

Volvió a escucharse la voz de Ramiro Folkes:

— He pensado "quisiera estar en Orión." Ella no pudo leer en mi mente. Por lo tanto niego la existencia de la burbuja de aire.

Pero la burbuja no se desvanecía y continuaba mostrando sus mundos de actividad aunque muy despacio se iba alejando de los dos amigos.

Ramiro Folkes intentaba levantarse del mullido sillón, cuando una fuerza terrible lo cogió de improviso, abrió el ventanal y lo arrastró por el aire en una carrera velocísima que suspendía los sentidos y apenas daba lugar al miedo. Estaba como echado en la monstruosa corriente de energía que lo impelía en los espacios. Avanzaba, avanzaba a velocidades indecibles dejando atrás mundos, astros, vacíos siderales, constelaciones que adivinaba más que ver porque el vértigo de su fuga impedía el claro razonar. La conciencia lo estaba abandonando.

No pudo precisar el tiempo ni la duración de la descomunal carrera. Huía, huía, arrastrado por una fuerza demonial que lo proyectaba más allá de las estrellas...

Y la sensación de pavor se entrecruzaba con otra de furiosa alegría. Cosa extraña. De súbito, sin que se detuviera su loca fuga, apareció un inmenso globo en el cual se detuvo la fuerza que lo conducía. Bajó, temeroso. Era una tierra rarísima, de montes afilados y grandes depresiones telúricas. Reinaba un frío intensísimo. No se veía huellas de casas ni de ciudades. De pronto apareció una turbamulta de seres mitad bestias mitad hombres que luchaban ferozmente con brazos y pies sin arma alguna. Cuando los más fuertes aplastaron a los más débiles, los restos de estos últimos eran devorados por aves gigantescas. Sólo se oían gritos inarticulados de los hombres-bestias y fieros graznidos de las aves gigantescas. Un volcán estalló encolerizado y las muchedumbres escapaban del torrente de lava y fuego. Grandes lunas o astros menores circundaban el horizonte. Los grupos se refugiaban en cuevas y cavernas o en los cerros altísimos. Y el mundo novísimo temblaba todo de espanto...

Creó despertar de un sueño cuando la voz de Denia dijo suavemente:

Son 30 dólares.

33

Discutía con mi amigo el filósofo y este me planteó decididamente el problema:

— Déjate de fantasías, de imposibles. En realidad el hombre sólo tiene tres llaves para apoderarse del universo: la inteligencia, la voluntad, la imaginación. Ellas lo pueden todo.

— En el plano de lo objetivo-posible, sí: la inteligencia y la voluntad otorgan mucho; pero en el plano de lo difícil-imposible, no nos basta la imaginación; quisiéramos que ella también cristalice en victoria decisiva.

— Los cuentos de hadas para los niños; para el hombre consciente de su poder y de sus límites, admitir que la parte mínima no puede abarcar el infinito todo.

— Si la imaginación es parte de la naturaleza, por el solo hecho de imaginar una cosa, ella debe existir aunque no la veamos ni podamos cogerla.

— Razonamiento equívoco. Son dos mundos contrapuestos. Lo que es y lo que soñamos que sea. ¿Por qué estrellarse contra el muro que los separa?

— Tengo la certeza, no el presentimiento de que existe la Llave Que Abre Todas Las Puertas...

— Obsesión pura, fantasmas de la mente.

— Es que soñé con ella, la conozco aunque fuere en la imagen onírica.

— Otro error, tratar de confundir el mundo real con el mundo de los sueños. Vuelve a pisar el suelo.

— Sé que parece absurdo. Mas si no existiera no estaría yo saliendo a su encuentro, como tantos "fantaseadores" — dirás tu — que no cesaron de buscar el talismán de talismanes.

Mi amigo el filósofo me ha mirado con lástima:

— Te extraviaste. Ya no sabes razonar. Tu llave buscada cazó en tu cerebro y se descompuso. Ya no funciona.

34

En el Libro del Sueño que rige el Monje Azul, encontré esta extraña historia:

Hubo un hombre que vivía despreocupado de la Muerte. Ni la esperaba ni pensaba en ella. Colmado de sabiduría, tocaba todos los temas imaginables, pero jamás se refería a la Separadora de los Amantes.

Un día fué interrogado:

— ¿Por qué nunca te ocupas de la Muerte?

— Soy un vitalista — contestó — sólo me interesan fenómenos y cosas del tránsito terrestre. Lo que implica vida y realidad.

— Pero la Muerte es un hecho real al que nadie puede sustraerse...

— No es un hecho, es menos que un suspiro. Es sólo un camino que nos conduce a otra dimensión. Es un puente microscópico entre lo que somos y lo que pasaremos a ser. Pasa como un relámpago o un segundo: no permanece.

— Mas aunque fuera en esa porción mínima de tiempo ella existe.

— No existe, es sólo un tránsito, la manera como lo uno se convierte en lo otro. Matemáticamente iguala al cero: lo que existe, transmuda y pasa a ser una distinta realidad, no puede ser presa de ella. La Muerte apenas nos divisa y ya estamos transfigurándonos en otro ser o cosa inasible que se evade de la Nada, el otro nombre que los ignorantes dan a la Muerte.

— Niegas su existencia y sus peligros.

— No hay peligro alguno en transformarse. Ella no existe. Sucede solamente, tan vertiginosa y fugaz, que apenas podemos percibir el cambio de la luz terrena en la luz Del otro Lado.

— Entonces ¿por qué el miedo atenace a los hombres y todos temen la cercanía de la Muerte?

— Por ignorancia: desconocen la celestía de su tránsito.

— ¿Deberíamos amarla acaso?

— Sería más sabio.

— ¿Cómo amar lo que no existe?

— El paso de un estado de existencia a otro estado de existencia es y no es. Transfiguración: sucede, no queda.

— Finalmente: la Muerte no existe...

— Finalmente: el cuerpo se disuelve, el alma se transforma, el "yo" revive en otros "yoes" que no comprendemos.

— Eres un blasfemo, porque la Muerte es algo sagrado y solemne que merece respeto.

— Soy un afirmador; sólo creo y pienso en la vida y en las vidas de este lado y Del Otro Lado de la existencia.

42

Herida por la subestimación del hombre, la Muerte quiso vengarse. Sometió al negador un terrible accidente del que salió con múltiples heridas y lesiones internas. Hízolo padecer intensamente mas el hombre no cejó: "son cosas del destino — dijo al hermano que lo cuidaba — es decir riesgos de esta vida terrestre que llamamos mortal porque desconocemos las formas de la otra, la vida inmortal."

La sombra de la Muerte se proyectaba ya sobre su faz doliente pero el negador no se rendía. "Ella es humo o centella, átomo que no sobrevive — pensaba — se quiere vengar mas no me rendiré."

La Muerte a su vez cambió de táctica. Alejó a parientes y amigos, distrajo a las enfermeras, rodeó al paciente de espantosas horas de silencio y soledad. "No importa se dijo el hombre. Sigue siendo un fenómeno terrestre: descuido, ingratitud, abandono son cosas del mundo que habito."

Enojada se propuso la Muerte transportarlo velozmente al Otro Lado mas reflexionó que entonces perdería su presa y acordó extremar su asedio.

Debilitó su cuerpo y perturbó su razón reduciendo al negador a la condición de un niño o de un anciano en lastimosa adinamia.

Pero aun así, quebrantado y confundido un rayo de lucidez sostenía al hombre. Sintió el beso frío de la Muerte en su frente y siguió negando: "no existes — díjole — es sólo la ilusión del cambio. Con mi última respiración expirarás tu también."

La Muerte se enardeció acudiendo al Padre de la Creación:

— Rebelde y blasfemo — expuso — hay uno que niega la polaridad de Vida y Muerte sobre la que organizasta el mundo.

Fuэле respondido:

— Déjalo. Está bien que uno se oponga a todos. Tu sigue reinando sobre la muchedumbre de los medrosos, los vacilantes y los escépticos. El negador afirma nuevas vidas: no podrá segar lo tu guadaña.

Y concluye la historia: el hombre que negó la existencia de la Separadora de los Amantes vivió largos años y a la hora del último frío su espíritu se separó serenamente del cuerpo mortal, transfiriéndose al Otro Lado del Muro la Vida portador de luz y de alegría.

35

Quería escribir un libro como jamás se hubiera escrito. Que superara la magnificencia de La Biblia y la belleza de los hexámetros de Homero. Que aventajara a Shakespeare en el conocimiento del alma humana y a Goethe en la sabiduría de la vida. El libro de los libros.

Ese era su ideal. Vivió mucho. Leyó más. Viajó. Penetró los secretos de religiones y filosofías. Su avidez de conocer no tuvo par. Llegó a ser un monstruoso de saberes.

Pasó dos tercios de su vida estudiando y clasificando lo aprendido y al cumplir el medio siglo acometió la obra insigne a la que no hallaba título, porque su ambición era tan grande que cualquiera nominación le parecía insignificante.

Y comenzó el gran relato. Ni Platón, ni Virgilio, ni el Dante se expresaron mejor. Dejó atrás a Balzac, a Tolstoy, a Thomas Mann. Su lectura asombraba y deleitaba a la vez. Y las páginas se amontonaban lúcidas, grandiosas, hermosísimas, cuajadas de rayos y relámpagos porque su pensamiento encendido en la hoguera del saber y del arte, conocía todos los registros de la ciencia literaria.

Nadie sabe los goces profundos ni las torturas previas que le costaban esas páginas: primero las vivía, después las padecía, finalmente se extasiaba con el éxito obtenido. Era el mayor escritor de la humanidad.

Pero el libro no pareara tener fin: siempre existían nuevas situaciones, nuevos episodios, nuevas imágenes. Como una cadena de eslabones interminables un hecho se enlazaba con otro, un relato con otro relato, a cada capítulo sucedían nuevos capítulos. Era un fluir sin término de ideas.

El ambicioso producía, producía...

A veces solía repasar textos ya olvidados de su propia hechura: los hallaba perfectos, nada que disminuir, nada por aumentar. Sentía la soberbia del creador omnipotente. Podía medirse con los mejores y aun superarlos. Era el dios de la literatura de todos los tiempos.

El autor era un terrible celoso: se negaba a enseñar los capítulos terminados que siendo muchos no llegaban a la mitad de la tremenda arquitectura planeada. Sus ideas volaban tan alto, su estilo fulgurante, y sus hallazgos de trama y composición tan deslumbradores, que temía le fuesen robados. No, no mostraría a nadie su obra hasta que estuviese terminada. Llevaba ya 15 años trabajando en ella y se sentía sano, fuerte, inspirado: pensaba terminarla en una década más; así, al entrar a los tres cuartos de siglo sería el escritor más glorioso del mundo.

No corregía ni cambiaba nada: su dominio del lenguaje y rápidos, su imaginación lo hacían todo en periodos rápidos concretos, que parecían esculpidos a golpes de cincel por su maravillosa plasticidad. Llegó a pensar que había ido más lejos que Wagner, pues su escritura era una síntesis de las artes, siendo a un tiempo historia, inventiva, pintura, poesía, escultura, música, danza, teatro, crítica y ensayo. Algo más allá de la "fantástica" soñada por Novalis.

Comparaba su libro con los más famosos textos de la humanidad y lo hallaba superior a todos, no por tonta fatuidad de autor, sino porque él, crítico toda su vida poseía el don de análisis, la finura comparativa, la capacidad para evaluar lo mucho leído y asimilado con su propia elaboración.

De pronto, leyéndose, sentía levantarse de su obra una tempestad de sonidos como la fuerza demoníaca y sublime a la vez que impulsa las sinfonías de Beethoven. Y un tal cúmulo de ideas y de imágenes como si se hubieran juntado los mejores trozos de las epopeyas fraguadas por la mente humana.

Era un genio feliz. Cuando su libro fuese terminado y publicado, sería como la explosión de una supernova irradiando sobre el mundo toda la energía y la belleza de su combustión interna. Dejaría absortos a los críticos y aterrados a los lectores. Un argumento de argumentos, un estilo de estilos, una inventiva de inventivas, una historia de historias, una síntesis de síntesis. Y el todo ceñido por un modo expresivo penetrante, fulgurante, jamás igualado por autor alguno. Sí: sería la explosión de una supernova.

Cuando dió fin a la obra prodigiosa, el creador respiró hondamente satisfecho: estaba en la cumbre de su ingenio. Nadie lo alcanzaría en su terrible poder imaginativo.

Era ya el dios de la literatura. Único. Solitario. Soberbio. Contemplando como hormigas rastreras a todos los autores y a las obras más insignes del planeta.

Los editores, espantados, rechazaron el libro genial. Los críticos se sintieron impotentes. Algunos amigos suspendieron la lectura a las primeras páginas: "es la obra de un loco — aventuró el más sincero — no se entiende nada."

Entonces el supergenio, descendiendo de su pedestal divino comprendió que había creado una escritura portentosa para una humanidad de lectores todavía inexistente.

Y embarcándose en una ligera canoa con los tres legajos de su obra colosal, se perdió en la vastedad marina sin dejar rastro de su persona ni de su libro.

Fué uno que vió logrado su terrible deseo. Llegó donde pocos pueden llegar. Y al terminar su trabajo se convirtió, después de haberse sentido dios, en el más miserable y desdichado de los hombres.

Porque está escrito: no traspasarás tus límites. Ni violarás los reinos de la acción. Porque la ambición excesiva lleva en sí misma el principio de su destrucción.

Y sin embargo la super-obra existe, dispersa en miles y miles de cerebros, algunos no nacidos todavía, a la espera del genio futuro que la rescatará del tiempo y del olvido.

36

Son incontables, numerosísimos, inabarcables: los astros. ¿Pero qué significan estos seres, estas cosas, vivos o muertos que ruedan vertiginosamente por el espacio?

Están en fuga, desde siempre. Nadie sabe por qué de sus huidas locas ni hacia dónde se encaminan.

El mundo sideral es infinito: no puede comprenderlo la mente humana ni abarcar sus dimensiones.

Esos infinitos globos suspendidos en el aire ¿de dónde provienen, por qué fugan unos de otros, y hacia dónde se encaminan?

Preguntas sin respuesta porque el Universo no fué hecho a la medida humana.

Medido en escala cósmica el hombre es nada. Medido en escala terrestre es todo, porque puede abarcar y definir cuanto su inteligencia toca. Ahora bien: si existe una Llave Que Abre Todas las Puertas ¿esa llave serviría también para revelarnos los secretos del cosmos sidéreo?

Parece improbable. Porque sucede que se trata de dos regiones o creaciones — distintas. El mundo hecho para el hombre, su dominio, y el firmamento construído para unos dioses que ignoramos todavía. ¿Porque quien sabe si la materia es espíritu o si el espíritu es materia?

Yo que soñaba con el diamante-llave de poder inconmensurable, me sentí impotente para imaginar un talismán que pudiese unir lo finito con lo infinito, tierra y cielo, seres y astros. ¿Qué podría significar una herramienta humana en la infinita vastedad del universo?

Sentí admiración y pena por los astrónomos perdidos en el abismo estelar.

Sentí asimismo lástima de mí mismo, que no contento con buscar el objeto prodigioso que puede convertir en amo del mundo, proyectaba mi deseo hasta claves espantables de poderío, como si fuese posible abarcar el mundo sideral.

Si: la ambición pierde al hombre. Quiere comprenderlo y dominar lo todo. El solitario de Sils-María es el símbolo de su grandeza y su miseria: quiso igualarse a Dios, sustituirlo... y se hundió en las nieblas de la locura.

En dimensión terrestre puedes explicarte muchas cosas, llegar a adquirir un poderío monstruoso. Pero en términos del abismo sideral una sola galaxia descompone todo tu poder de comprensión. Y si imaginas el cielo, el vacío, el espacio con sus innumerables criaturas en fuga, la razón se extravía porque ya no se puede pensar en trillones de trillones, en infinitas alargaduras de los números. ¿Por qué tanto, tanto, tanto y para qué?

Lo sabio es reducirse, como pedía Goethe, a los límites de la razón humana. Lo inaccesible debe permanecer desconocido.

Pero en medio de mis cavilaciones me asediaba siempre el espectáculo del cielo estrellado, la imaginación de sus grandezas. Esa Vía Láctea que la vemos y en ella estamos sumergidos. Esos sistemas solares. Esas galaxias. Esos cuasares. Esos agujeros negros. Ese tremendo hervor de astros que nacen, viven, se despedazan e irradian incalculables fuentes de energía... Ese mundo de ahí, arriba, que anonada al microscópico mundo de aquí abajo. ¿Por qué alzamos ojos y mente a la vorágine sideral si en lo terreno hay tantos misterios como estrellas?

45

Me propuse separar radicalmente ambas contemplaciones. Al mundo estelar que mueve la mano de Dios acercarse tímidamente, sin pretender comprender el porqué ni el cómo del torbellino incomprendible: admirarlo solamente. En cambio al modesto mundo terrestre analizarlo, tratar de organizarlo, dominarlo en suma porque el hombre es el pequeño dios terreno nacido para comprender, modificar y rehacer la materia telúrica.

Apartéme pues del vértigo enloquecedor que bulle en los abismos cósmicos, y regresé a mi búsqueda perseverante del secreto que me entregaría el dominio del mundo terrenal.

Un diamante negro que actúa a la manera de una llave urdidora de milagros, no es imposible. Tiene que existir. Si todo lo imaginado pertenece a la naturaleza, basta soñar con algo portentoso para ya exista aunque sólo sea en nuestra mente; ¿pero cuántas imaginaciones no materializaron en cosa viva después de largas búsquedas?

Esquilo, Shakespeare, Balzac manejaron esa llave sin saber que existía: su ciencia del alma humana, su dominio del mundo material, su don de adivinación y poesía fueron en realidad emanaciones de la Gran Piedra Negra que lo ilumina todo. Diamante o Llave que habitando su cerebro les permitió las fabulosas revelaciones de su escritura inmortal.

Napoleón conquistador, Bolívar libertador manejaron también la llave del destino. Construyeron mundos, estaban elegidos.

Díme a pensar, entonces, si no estaría yo también escogido por un poder oculto para descubrir lo que a pocos otorgado no fué explicado a nadie. A ese poder secreto el hombre de Santa Helena lo llamaba "mi estrella". Bolívar fué más lejos: a la Llave que Abre Todas Las Puertas la llamó "la Libertad", al Diamante Negro lo bautizó "la Gloria."

¿Qué sentido tendría mi búsqueda y bajo qué figura simbólica llegaría a definirla algún día?

En la noche lunada me asomé al brocal de un pozo de agua límpida. Una lengua de fuego agitó su superficie especular. Y no pude leer lo que decían unas letras desfiguradas en el doble encuentro y desencuentro del agua y de la luz.

37

¿Por qué perderse en oscuros sueños de grandeza, en perseguir imposibles, en avidez de posesión y de dominio? El mundo y sus maravillas nos son entregados para un goce moderado de sus excelencias. Existe también un equilibrio del entendimiento que corre parejo con la sana sensibilidad.

— Palabras, palabras — dijo el profesor ambicioso — somos gente de presa y jamás se colma el ansia de aprender que, implícitamente entraña una creciente avidez de poder.

— ¿Y en qué desemboca ese afán desapoderado de posesión, de mando? El dueño del mundo sería el más desdichado de los hombres porque ya no tendría nada que desear — contestó el soñador de palabra tranquila.

— Te equivocas: el que más sabe más quiere saber, el que más puede busca aún más fuerza de expansión. Si fuese dueño del mundo lo descompondría todo para volverlo a recomponer. Jamás sobreviene el hastío al afanoso que quiere cambiar a los hombres y manejar la materia a su capricho.

— Entonces quieres igualarte al Creador, a Dios, al Cristo...

— No. Pero me gustaría ser el superhumano, domeñador del mundo físico y de los seres que lo pueblan.

— Ya hubieron, en la historia, crueles dominadores que lo arrasaron todo y creyeron poder reconstituirlo bajo nuevas formas de vida. Sueño ilusorio, espejismos de grandeza: su hacer murió con ellos, se evaporo su obra.

46

— Ningún grande se desvanece del todo, siempre queda huella de su paso.

— Pero tu te regocijas con la idea de una suma de saberes y poderes que eclipsaría todos los ya habidos. Para una sola mente, para una misma voluntad toda la riqueza de la materia y la capacidad de manejar a los vivientes.

— Seria; lógico: un rey del mundo visible como debe existir otro del mundo invisible.

— ¿Y serias verdaderamente feliz desde esa cumbre soberbia de poder?

— El Supremo Señor del Mundo estaría más allá del Bien y del Mal, de la dicha y del dolor: no tendría tiempo de ocuparse de si mismo porque su infinita, varia y constante actividad lo mantendría siempre en tensión creadora.

— ¿Disolverías la nobleza del "yo" en una pura niebla de acciones porque sí?

— Al contrario: la superación del "yo" radica en la multiplicidad inagotable de sus combinaciones mentales y de su poder de descomponer y recomponer la materia.

— Todos los mundos de Satán en una sola mano...

— No mezcles la teología en la realidad que discutimos.

— Bien — dijo el soñador de palabra tranquila — por el solo pensar en tamaña grandeza, ya estás cayendo en el abismo.

— No caigo, mas bien cada vez me remonto más alto. Aquel que sueña lo que nadie se atrevió a soñar, alcanza el secreto de los secretos: potencia el presente y glorifica el futuro.

Subía, si, subía el profesor ambicioso. Pero se remontaba el sentido inverso. Era un ascender que devenía descenso. Y cuanto más alto se remontaba su deseo más profundo se abría el abismo que lo engullía en un tiempo sin tiempos.

38

Detrás del hermoso nevado del Ancomani-quiere decir, tal vez el Viejo del Lugar — existe semiescondido en una grieta del suelo un ídolo de piedra negra tan primitivo que indecisa surge la figura humana de sus toscas líneas. ¿Fué un dios, un rey, un sacerdote, un guerrero? Nadie lo sabe pero los iniciados del culto telúrico suelen visitarlo en demanda de consejo y protección.

No es que haga milagros mas predice el porvenir.

Y cuando Pármides, el neófito, se le aproximó queriendo conocer su futuro, el ídolo de basalto desplegó ante sus ojos asombrados el lienzo de los hechos que labrarían su vida.

Vióse en una vasta llanura desolada. Asustado, triste, solitario. El frío lo acosaba cruelmente. Repentinamente el sol surgió radiante y en la palestra muchos jóvenes competían unos contra otros. El era uno de ellos. Los venció a todos, le ciñeron la corona de laurel y de pronto remaneció en una oscura prisión. Padecía hambre y sed. Nadie podía explicarle por qué estaba allí. Sopló un viento fuerte y se sintió sentado en un solio de mármol: era un severo magistrado que administraba justicia inexorable. Al magistrado sucedió un buscador de tesoros que jamás hallaba nada. Luego un ministro poderoso dueño de vidas y haciendas. Después un ladrón de ganado que vivía a salto de mata burlando a la ley. Más allá ejercía de sacerdote, curaba las almas. Era un guerrero y mataba por docenas con su lanza y con su porra. Y era también un pordiosero que pedía limosna a la vera de los caminos. De pronto lo deslumbró una sala revestida de oro y de plata: sintióse el Rey de un país misterioso donde todo obedecía a su capricho. Y otra vez caía, caía hasta convertirse en un pastor analfabeto. La cinta visual lo devolvió maestro, carpintero, millonario, campeón deportivo, inventor y matemático. Fué muchas cosas más... Y cuando terminaron las visiones numerosas, vióse otra vez asustado, triste, solitario en la vasta llanura desolada.

Pármides no supo nunca si había conocido su propia vida futura o la sucesión de las vidas de sus antepasados que el ídolo de basalto hizo desfilar ante sus ojos.

Los astrónomos descubren la estrella más luminosa y más pesada, objeto de masa descomunal al que denominan fuente de luz "R.136 a". Refieren que se halla a una distancia de 150.000 años Luz (distancia inconcebible para un cerebro común). Estiman que esta super estrella monstruosa tiene masas equivalentes a las de mil soles, y que despide una luz cien millones de veces más clara que la luz del sol.

Puede ser que matemáticos, físicos y astrónomos conciban estas magnitudes de volumen y estas distancias abismales. Pero creo que el infinito espacio sideral no puede ser comprendido ni representado por una inteligencia común.

Entonces mi ambición se ha acrecentado desmesuradamente: ¿de qué serviría tener La-Llave-Que-Abre-Todas-Puertas en el mundo terrestre si existe otro mundo sideral infinitamente mayor, más poderoso, más misterioso, al cual no alcanza la mente humana?

No basta el talismán terrestre, debemos aspirar a la magia espacial.

En lugar del hombre-tierra, el hombre-astro.

Bien sé que resulta inútil querer reducir a escala humana la vastedad inalcanzable del universo, pero precisamente por ello, porque es inalcanzable es aterrador y sublime soñar con poder si no dominarlo al menos adquirir una vaga percepción de sus grandezas. El cosmos debe ser el objetivo final de las inteligencias.

El Diamante Negro ¿no podría ser el instrumento prodigioso que nos arranque del ámbito telúrico para remontarnos a la esfera cósmica?

Claro que no podemos emular con el Creador para movernos con el infinito universo, mas al menos podríamos tener una ligera idea del monstruoso organismo que dispersado en galaxias y sistemas solares posee sin embargo una ley secreta que lo articula y conjunciona. El encantamiento puede darnos el dominio de la materia terrestre, y siquiera un atisbo de los enjambres celestes.

Abandoné pues el arco limitado de la ambición de nuestro mundo terráqueo, para proyectarme en avidez desapoderada hacia ese firmamento compuesto de millones y millones de estrellas y de agujeros negros que mente alguna pudo imaginar ni por la intuición ni por el cálculo porque escapa a la medida humana.

— El universo es finito y curvo — dijo el físico — lo prueba la matemática einsteniana.

— Para la astronomía actual es infinito, se va expandiendo no en forma curvada sino en lineación abierta. No tiene fin que ni tuvo principio. Es una fuerza que huye de sí misma a velocidades espantables y hacia lejanías inconmensurables. Jamás terminaremos de conocer los misterios de la física cósmica — repuso el astrónomo.

Esto acreció mi ambición. ¿Por qué imposible, por que jamás? Soñé ser el sacerdote — mago de una nueva ciencia, capaz de reducir, de comprimir, de sintetizar en fórmulas-clave la inmensidad del universo.

Pero al solo querer imaginar la grandeza de una galaxia me extravié. ¿Cómo enumerar y colocar ordenadamente los cien mil millones de estrellas agrupadas en forma de disco lenticular? Y luego pensando que el enigma de una galaxia se transforma en el abismo de millones y millones de galaxias que se alejan unas de otras a velocidades aterradoras, me sentí perdido. El universo de las estrellas y el espacio interestelar se me aparecieron tan desmedidos que no me atreví a seguir meditando sobre su tremenda expansión. Porque todas las teorías modernas sostienen que el universo se expande, que las galaxias huyen velocísimas hacia infinitos confines, que nadie puede detener ni concebir la maravillosa relojería del cosmos. Y después de la infinita ambición sobrevino la desolada realidad: el hombre no fué creado para entender al Universo. La naturaleza terrestre es su campo natural, la inmensidad cósmica es el reino de Dios.

¿Qué fuerza oculta puso en movimiento y les imprimió su giro original a las estrellas? ¿Por qué esa fuga loca, esa dispersión ordenada, ese alejarse todas de todas, ese aumentar sin pausa del volumen del universo?

También soles y estrellas y aun galaxias, como los mares y continentes en la tierra, nacen, mueren y transforman su energía en nuevas energías. Hay astros que se desvanecen, otros regresan en formas inéditas. Y la confusión, para la pequeña mente humana es tal, que mi cesa de urdir teorías pretendiendo explicar lo inexplicable. Ni el astrónomo ni el radiotelescopio dicen verdad: solamente se aproximan a los bordes del enigma. Hombre orgulloso y atrevido: acércate humilde, impotente al sagrado misterio del universo.

Descaecido, después de haber soñado en poderes siderales, me alejé del enigma cósmico. Comprendí que no existe una llave para abrir la puerta de millones de puertas que guarda los secretos del orbe sidéreo.

Esa noche, no sé si en sueños o antes de dormirme, se dibujó en la pared un diamante negro que despedía millones de rayos lumíneos y todos huían, huían unos de otros alejándose a velocidades espantables mientras el miedo crecía en mi cerebro como en la si fuera a expandirse también en la fuga vertiginosa de los rayos de luz que emitía la piedra sombría.

39

Cipriano el Mago al principio me miraba con recelo, pero una vez que intimamos me tomó simpatía y se avino a contestar mis preguntas.

— Voy para el medio siglo — le dije — y son también treinta años de búsqueda infructuosa: no puedo dar con el talismán que resuelve todos los problemas.

Cipriano me miró con tristeza afectuosa:

— Te consume la ambición — repuso — y el don de dones se sustrae a los codiciosos.

— ¿Pero acaso todos los buscadores del Gran Poder no son codiciosos?

— Evidentemente. Mas los hay que desean el talismán para sembrar el bien, en tanto otros sólo lo buscan para hacerse poderosos. ¿No serás de éstos últimos?

— No lo sé... Sólo aspiro a poseerlo sin pensar qué haré con él.

— Eres un ansioso — adujo el Mago — se te va la vida tras la terrible ambición de poder y no sabes qué harías si ese poder llegara a tus manos. Camino sin objetivo.

Sentíme avergonzado. Luego reaccionando contesté:

— Tal vez me dedicaría a trabajos nobles.

— Tal vez no basta. Los poseedores de talismanes, en esta época tan distinta del tiempo oriental, deben ser puros de alma y sanos en la acción. La avidez de llegar a la cima te impide respirar bien en el ascenso.

Reflexioné un instante y dije:

— Cipriano, usted me juzga mal. No creo ser impuro ni abrigar malas intenciones. Si adquiriera el instrumento mágico creo que lo emplearía bien.

— Hijo mío — replicó — no basta la intención. Adivino en tu carácter la decisión de sorprender los secretos del Universo. Por esa se produjo la caída del Gran Rebelde. Tu andadura es peligrosa. Piensas en el tener más que en el hacer. No te cuidas de los otros sino sólo de ti mismo. Estás bordeando el abismo.

Me confundieron sus palabras, mas reaccioné con presteza:

— Usted mismo tiene poderes extraordinarios. Todos lo buscan en demanda de dones o de sabiduría.

— Nadie sabe el precio que tuve que pagar ellos. Fui uno como tu: busqué lo más alto para mi propio regocijo. Ascendí, caí varias veces. Me está vedado revelar esos trances purificadores. Ahora me contento con un poder limitado que ejerzo en beneficio de los demás. Cipriano nada pide para sí.

Retrocedí ante tanto desprendimiento: el “ego” estaba tan fuertemente desarrollado en mi espíritu que se me antojaba absurdo vivir sólo para los demás, abdicando de los goces de la propia individualidad.

— Maestro — le dije — seré sincero: creo que mi camino es diferente. No aspiro a santo ni a benefactor. Tu lo adivinaste: quiero el talismán para que descorra todos los velos del misterio, saber lo que nadie supo, poder lo vedado y lo escondido.

El Mago sonrió suavemente:

— Piensas como un niño y procedes como el Viejo Señor de la Tierra, insaciable en su afán de transformaciones.

No comprendí estas palabras y humillándome, con olvido de sus criticas, pedí a Cipriano que me señalara nuevo rumbo, al menos un punto de orientación para dirigir mis pesquisas.

— Dame un Punto de apoyo, enséñame el nuevo camino...

Cipriano frunció el ceño y contestó:

— Estás ya en la órbita de los Grandes Buscadores de Verdad. Muy pocos llegan a término, la mayoría se extravía. Pero es ley que cada cual recorra su trayectoria atendido a su propia energía. Nada puedo hacer por ti. Sé cuál será tu final, mas me está vedado transmitirlo. Sé digno de tu grande anhelo, recorre valerosamente el camino que te aguarda. No demandes ayuda: sólo el Maestro Interior podrá guiarte.

Fue inútil que yo insistiera con nuevos argumentos para lograr su apoyo:

— Se me niega ayuda — proferí — entonces ¿dónde están sus propósitos de ayudar al prójimo?

— Ayudo al necesitado — dijo Cipriano. No tengo obligación de acudir en auxilio del soberbio, porque todo aquel que persigue el Gran Talismán está henchido de orgullo, quiere ser un dominador de la materia y yo rehuyo a los dominadores.

Por la suavidad de sus palabras y el minar bondadoso comprendí que el Mago no me quería mal, pero que algo le impedía manifestarse complaciente a mis deseos. Hice la última tentativa:

— Dadme una pauta, siquiera, un indicio, algo que me sugiera el camino a seguir. — No debo hacerlo. Los talismanes se revelan a los esforzados, a los ingeniosos, a los perseverantes. Si te doy una señal, te podrías extraviar. Tienes que encontrar por ti mismo la salida.

El Mago Cipriano hizo un ademán de despedida y se alejó lentamente, lentamente como si se llevara consigo el secreto que yo quería desvelar.

Maldije a todos los magos y poseedores de poderes ocultos, los grandes egoístas que esconden sus facultades y me propuse abolir, para siempre, de mi camino, a todos esos seres misteriosos que se revisten de energías mágicas para esconder la verdad a los neófitos.

Pero una voz secreta me decía: "Cipriano tuvo razón. No indagues hacia afuera, sondea el abismo interior, ahí reposa tu verdad."

Y me ocurrió pensar que el talismán que yo buscaba era un cristal poligonal que crecía muy despacio, muy despacio... hasta convertirse en una masa nigérrima de fulgores centelleantes. Y en su centro una diminuta llave de oro se movía como un pequeño corazón palpitante.

40

Era un hombre de acción, ajeno a religiones, filosofías y culturas. ¿Qué podría importarle el pasado? Sólo presente y futuro. Presente para luchar, para buscar, para obtener la recompensa de los esfuerzos realizados; futuro para gozar de los rendimientos del trabajo anterior.

Vagó largos años a la búsqueda del tesoro de unos frailes que durante la Colonia lograron acumular inmensas riquezas. Muchas veces siguió pistas falsas, erró sin rumbo, regresó con las manos vacías pero jamás desmayó su confianza en llegar al tesoro escondido: le estaba destinado.

Intrépido como era persistió en su tarea sin desanimarse por percances y frustraciones. Su fe resultaba siempre más fuerte que los contrastes. Buscaba, buscaba...

Carecía de amigos. Sólo contaba con ese ser enigmático que lo habitaba, ese impulso interior, esa contraparte de su alma ávida y codiciosa con la que sostenía largos coloquios que terminaban con el consejo habitual: "insiste, persiste, ya llegarás a él."

Conocía la meseta andina, sus ventisqueros y glaciares, a veces hasta escaló algunas cumbres pero un sentido intuitivo le decía que no en lo alto sino en lo profundo se encontraba y el tesoro. Y removió enterratorios y cuevas en empresa hercúlea que habría agotado a otros. Recorrió parajes abandonados, sin nombre, precipicios y altiplanicies, valles y quebradas, toda la geografía ando-boliviana.

Hasta que llegó esa mañana de gloria en que acompañado por Tomás, Manuel y Pedro tres indios fieles que lo seguían en su periplo aventurero, descubrió semiborradas en la roca seguidas unas letras que decían "Ayab-Mac-As" seguidas de un plano jeroglífico que tardó en descifrar; mas cuando lo hubo logrado se alejó de la roca reveladora, caminó dos horas más hacia una gruta señalada en el plano, pero no en ella sino a trescientos pasos de su entrada, en un incipiente montículo que fingía ser un accidente del terreno, cavando varios metros de profundidad dió con el tesoro largamente buscado.

Imposible describirlo. Abrieron cajones y bolsas repletos de lingotes de oro y de plata, joyas y piedras preciosas en bruto, monedas antiguas, listones de platino, zafiros y rubíes, y unos diamantes fabulosos que por si solos superarían el billón de dólares.

"Soy el Rey del Mundo" — pensó Muriarte, el hombre de acción.

Alma sin escrúpulos no vaciló en envenenar a Pedro, Manuel y Tomás sepultándolos en la misma cavidad del tesoro. El problema, entonces, se le presentó así: ¿cómo trasladar tan ingentes riquezas a la ciudad y convertirlas en los dólares y los billetes que dan poder y fama?

Contrataría indiecitos jóvenes, casi niños todavía, cerraría otra vez cajones y bolsas y les haría consentir que transportaban libros y objetos de la herencia de un pariente lejano. Alquilaría las mulas necesarias para el transporte del tesoro y todo terminaría bien.

El hombre de acción puso en marcha su plan. Contrató veinte niños con permiso de sus padres, organizó la caravana de mulas y trató de iniciar el poderoso traslado a la ciudad.

Parecía imposible y sin embargo se realizó. Niños y mulas cumplieron su cometido a perfección: el tesoro fué íntegramente trasladado a la casa de Muriarte sin sufrir merma alguna.

Dueño del portentoso tesoro, la mente del hombre de acción rodaba vertiginosamente: ¿qué hacer, ahora? Podía levantar ciudades, derribar gobiernos, crear grandes empresas de negocios, aniquilar a sus enemigos, formar un ejército propio, impulsar las investigaciones

51

científicas, estimular los deportes, organizar museos y centros de cultura, redimir a su pueblo del analfabetismo, promover campañas contra el hambre y en beneficio de la salud, fundar un vasto bosque en el yermo andino. También soñó construir un puente elevadísimo que uniera los bordes de teatro dos mesetas sobre el hoyo paceño. Y crear un teatro portátil para diez mil espectadores. Y una flota de aviones capaz de emular con el transporte marítimo. Y atraer grandes flujos inmigratorios para poblar el país despoblado. Y varios Bancos distribuidores del dinero. Y grandes imprentas, periódicos, radiodifusoras, estaciones de televisión para manejar a su antojo la opinión pública. Y viajes maravillosos a países desconocidos mereciendo trato regio por su poder y sus riquezas. Y tendría sendas oficinas en diversas capitales para beneficiar o castigar a quienes le placiera. Y más alto que las catedrales góticas erigiría un rascacielo que se perdería entre las nubes. Y su poder sería tan grande que eclipsaría las riquezas de Salomón y las hazañas de Alejandro. Y removería tales fuentes de energía humana y mecánica que nadie lo aventajaría en mando y jerarquía: sería verdaderamente el rey del mundo, más rico que los jeques árabes, más decisivo que los mayores gobernantes del planeta.

Pero cuando el hombre de acción hizo el inventario y recuento de sus bienes éstos superaban en varios billones el valor de lo encontrado y abrumado por el peso y pesadumbre de su cuantiosa fortuna Muriarte se durmió una noche para ya nunca despertar.

Así el Rey del Mundo, habiendo poseído todo en la realidad y en la imaginación, se convirtió en una pobre alma errabunda a la búsqueda del Espíritu en que nunca creyó.

41

Soñé que soñaba...

Habla encontrado el talismán prodigioso — tan pronto era una llave como tan pronto se convertía en un diamante negro — y me sentía embriagado por el hallazgo que coronaba una vida de búsquedas lacerantes.

Hice algunas pruebas del terrible poder que el talismán me confería. Borré una ciudad del mapa con sus habitantes, hice surgir otras en el desierto, viajé a la luna y descubrí sus cavidades subterráneas pobladas por seres extraños, aplané una cordillera, hice surgir una isla maravillosa del fondo del mar, tuve el reino más poderoso del planeta. ..

La cosa funcionaba sin límites. Una fuerza descomunal como una columna de fuego visitaba mi cuerpo. Pensé que ni el Creador al organizar el mundo con sus criaturas, ni el Ángel Rebelde en la cúspide de su poder antes de la Caída, debieron sentir la embriaguez fabulosa que me traspasaba: lo podía todo y de inmediato. Creaba, destruía, recomponía y volvía a pulverizar lo que se me antojaba.

Quise poner en ridículo a la Muralla de la China y forjé un muro de treinta metros por 15 de ancho que circundaba la totalidad de la esfera terrestre. Emperadores y conquistadores quedaban minúsculos a mi lado. Y cuando erigí una torre de dos mil metros verticales que no podían hacer oscilar los vientos me sentí en la cumbre de mi poderío: podía lograrlo todo sin necesidad de dineros ni de técnicos.

Me disponía a preparar una expedición terrestre a la constelación del Centauro, cuando el sueño dentro del sueño se desvaneció.

El sueño normal transcurría dócilmente. Lejos de la idea del poder que todo lo puede, era un niño alegre, inquieto, que travesaba con un hermoso perro pastor en un jardín. Saltábamos, corríamos, nos tumbábamos y rodábamos por la hierba. Éramos tan felices que no teníamos deseos, sólo queríamos seguir siendo, indefinidamente, el niño y el perro pastor.

Una sensación de bienestar circulaba por mis venas. Nada podía igualar el júbilo de mi niñez afortunada. El mundo era todo mío y el perro mi único amor.

Bruscamente el sueño normal se esfumó con la misma rapidez que el sueño dentro del sueño.

52

Todavía la noche repelía al amanecer. Una vaga claridad se dibujo en la pared derecha de mi cuarto. Me incorporé en la cama y contemplé como en la pantalla cinematográfica, la lucha de dos siluetas a espada. Una voz secreta me susurró que una era la Locura y otra el Poder.

Ignoraba cuál de las dos espadas vencería.

De pronto brilló en el aire la Llave-Que-Abre-Todas-Las- Puertas y al punto surgió a su lado un Diamante Negro. Comprendí que no era que la una se convertía en el otro, sino dos formas distintas de una misma fuerza esencial.

Y el momento en que me disponía a coger las espadas la llave y el diamante, figuras y fulgores se convirtieron en pavesas.

Fué entonces que...

La presente primera edición de "DIAMANTE NEGRO" Es propiedad del Editor Rolando Diez de Medina, © 2007.
La Paz - Bolivia

[Inicio](#)